



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

En efecto, el cauteloso paso de aquel hombre, algunas ausencias inexplicables, durante las cuales se adelantaba á la caravana, el cuidado que tenía de no estar á la vista en las horas de alto, bajo pretexto de preparar los campamentos, miradas singulares, aún sospechosas, á Amasia; una vigilancia que parecía recaer más especialmente sobre la jóven, todo esto no era para asegurar á Ahmet. Así es que no perdía de vista al guía aceptado en Trebisonda sin que se supiese ni quién era ni de dónde venía. Pero su tío Keraban no era hombre capaz de participar de sus temores y hubiera sido difícil hacerle creer por real, lo que no era todavía más que un presentimiento.

—Y bien, Ahmet—preguntó Keraban ántes de tomar un partido sobre la nueva proposición del guía;—espero tu respuesta. ¿Qué piensas de ese itinerario?

—Pienso, tío, que hasta aquí, no nos podemos

quejar de haber seguido el borde del mar Negro, y que tal vez sería una imprudencia el abandonarle.

—Y ¿por qué, Ahmet, puesto que nuestro guía conoce perfectamente esos caminos del interior que nos propone seguir? Por otra parte, la economía de tiempo vale la pena.

—Podemos, tío, sosteniendo algo nuestros caballos, ganar muy bien....

—Bueno, Ahmet; hablas así porque Amasia nos acompaña—exclamó Keraban.—Pero si, sin embargo, nos aguardara en Scutari, serías el primero en apresurar nuestra marcha.

—Es posible, tío.

—Pues bien; yo, que tengo en las manos tus intereses, Ahmet, pienso que cuanto más pronto lleguemos, mejor. Estamos siempre á merced de una tardanza, y puesto que podemos ganar doce leguas cambiando nuestro itinerario, no hay que titubear.

—Sea, tío —respondió Ahmet. —Puesto que lo queréis, no discutiré sobre ese punto.

—No es porque yo no quiero; pero sí porque te faltan argumentos, sobrino, y que yo estaría muy bien haciendo frente.

Ahmet no respondió. En todo caso, el guía pudo convencerse que el joven no veía sin algún contrario pensamiento aquella modificación propuesta por él. Sus miradas apenas se cruzaron; pero fué lo suficiente para *hacerse*, como se dice en lenguaje de esgrima. También no fué sola esta mirada; pero Ahmet resolvió estar *en guardia*. Para él, el guía era un enemigo, no aguardando más que la ocasión de atacarle traicioneramente.

Por otra parte, la determinación de abreviar el viaje no podía menos de agradar á viajeros que no habían hecho ningún descanso formal desde Trebisonda. Van Mitten y Bruno tenían deseos de estar en Scutari para liquidar una penosa situación, el señor Yanar y la noble Saadoul para volver al Kurdistan con su cuñado y esposo, en los paquebots del litoral; Amasia para unirse al fin con Ahmet, y Nedjeb para asistir á las fiestas de aquel matrimonio.

La proposición fué, por lo tanto, acogida. Resolvieron descansar durante aquella noche del 27 al 28 de Setiembre, á fin de recorrer una buena y larga etapa durante la jornada siguiente.

También tuvieron que tomar varias precauciones, indicadas por el guía. Importaba, efectivamente, proveerse de provisiones para veinticuatro horas, porque en la región por la que tenían que atravesar faltaban pueblos y aldeas. Tampoco encontrarían ni khans ni doukhans ni posadas en el camino. Era por lo tanto, preciso proveerse de manera á satisfacer todas las necesidades.

Felizmente pudieron procurarse lo que era necesario en el cabo Kerpe, pagándolo á buen precio, y aún hacer adquisición de un asno para llevar aquel aumento de carga.

Es necesario decir que el señor Keraban tenía afinidad á los asnos (simpatía de testarudo á testarudo, sin duda), y el que compró en el cabo Kerpe le gustó particularmente.

Era un animal de pequeña talla, pero vigoroso, pudiendo llevar la carga de un caballo, ó sea cerca de noventa *oks* ó más de cien kilogramos, uno de esos asnos como se encuentran por miles en las regiones de la Anatolia, en donde trasportan cereales hasta diversos puertos de la costa.

Este inquieto y alerta pollino tenía las fosas nasales separadas artificialmente, lo que permitía desembarazarse con más facilidad de las moscas que se introducían en su nariz. Aquello le daba un aire muy risueño, una especie de fisonomía alegre, y hubiese merecido ser denominado col asno risueño. Completamente distinto de esos pobres animales de los que habla Th. Gautier, lamentables bestias con las orejas caídas, con el lomo delgado y huesoso, debía ser tan testarudo como el señor Keraban, y Bruno se dijo que éste había encontrado ya á su maestro.

Tocante á las provisiones, un cuarto de carnero para asarlo momentos antes de comerlo, *bourghon*, es-

pece de pan fabricado con trigo candado, seco de antemano al horno y adiccionado de manteca, era todo lo que hacía falta para un corto trayecto. Una pequeña carreta de dos ruedas, á la que engancharon el burro, debía trasportar todo esto.

Un poco antes de salir el sol, á la mañana siguiente, 28 de Setiembre, todos estaban en pié. Los caballos engancharon á las talikas, en las que cada uno ocupó su sitio de costumbre. Ahmet y el guía con sus monturas se pusieron á la cabeza de la caravana que precedió al asno, y se pusieron en camino. Una hora después el vasto horizonte del mar Negro había desaparecido detrás de las altas rocas. Era una región ligeramente accidentada, que se desenvolvía ante los pasos de los viajeros.

La jornada no fué muy penosa, bien que la viabilidad de los caminos dejaba que desear—lo que permitía al señor Keraban el volver á tomar la istanda de sus lamentaciones contra el descuido de las autoridades otomanas.

— ¡ Bien se ve — repetía — que nos aproximamos á la moderna Constantinopla!

— ¡ Los caminos del Kurdistan valen infinitamente más! — observó el señor Yanar.

— No lo dudo — respondió Keraban — y mi amigo Van Mitten no echará de menos la Holanda bajo ese punto de vista.

— ¡ Bajo ninguno..... — replicó vivamente la noble Kurda, cuyo carácter imperioso se mostraba en todo su esplendor á la más mínima ocasión.

Van Mitten hubiera, con seguridad enviado á paseo á su amigo Keraban, que parecía tener placer en fastidiarle. Pero, en suma, ántes de cuarenta y ocho horas, habría recobrado su libertad plena y entera, y por lo tanto, le pasó aquellas bromas.

Por la tarde, la caravana se detuvo cerca de un pueblo destruido, una acumulación de chozas, apenas construidas para abrigar bestias de carga. Allí vegetaban algunas contentas de pobres, viviendo de algo de leche, carnos de mala calidad, y de pan en el que entraba más salvado que harina. Un olor nauseabundo llenaba la atmósfera; era la que se despende, al quemarse, del *terak*, especie de turba artificial, compuesta de estiércol y lodo, sólo combustible en uso en aquellas campiñas y con el que se construyen á veces las paredes de las chozas.

Era una gran suerte que siguiendo los consejos del guía, la cuestión de los viveros hubiese sido anticipadamente arreglada. Nada se hubiese encontrado en aquel miserable pueblo, cuyos habitantes hubieran estado más cerca de pedir limosna que de darla.

La noche pasó sin incidentes, bajo un oportuno ruina, en donde yacían algunos haces de paja fresca. Ahmet valió con más circunspección que nunca, no sin razon. En efecto, á la mitad de la noche el guía abandonó el pueblo y se aventuró á algunas contentas de pasos hácia adelante.

Ahmet le siguió, sin ser visto, y no volvió al campamento hasta el momento en que el guía también volvía.

¿ Qué había ido á hacer aquel hombre fuera? Ah-

met no pudo adivinarlo. Sólo sabía que el guía no se había comunicado con nadie.

¡Ningun sér viviente se había aproximado á él!
¡Ningun grito lejano se había oido á través del silencio de la noche, ni una señal se había hecho en ningún punto del llano!

—¿Ni una señal?—se dijo Ahmet, cuando ocupó su sitio bajo el soportal.—¿Pero no es una señal, una señal esperada, aquel fuego que ha aparecido en el horizonte por el oeste?

Y entónces un hecho, del que no se había dado cuenta ántes, se representó obstinadamente en el espíritu



Ahmet le signió, sin ser visto.

de Ahmet. Se acordó muy bien que, mientras el guía estaba de pié sobre una desigualdad del suelo, un fuego había brillado en lontananza, despues hubo tres resplandores distintos en cortos intervalos, ántes de desaparecer. ¿Por qué aquel fuego Ahmet le había confundido primeramente con una hoguera de algun pastor?

Sin embargo, en el silencio de la soledad, bajo la impresion particular que da ese estupor que no es sueño, reflexionaba, veía aquella luz, y la convirtió en señal con una conviccion deducida de un simple presentimiento.

—¡Si—se dijo—ese guía nos hace traicion; es evidente! Obra en interes de algun rico personaje....

¿Quién? ¡Ahmet no podia nombrarle! Pero lo presentia, aquella traicion debía terminar con el rapto de Amasia. Arrancada de las manos de los que habian cometido el rapto en Odessa, estaba amenazada de nuevos peligros, y sin embargo, á algunas jornadas de marcha á Scutari, ¿no era necesario temerlo todo, aproximándose al fin?

Ahmet pasó el resto de la noche en una extremada inquietud. Qué partido tomar, no lo sabía. ¿Debia sin tardanza descubrir la traicion de aquel guía, traicion en la cual, segun su pensamiento, estaba seguro, ó aguardar para confundirle y castigarle, aunque hubiese habido algun principio de ejecucion?

El día al aparecer, le calmó algo. Decidió entónces

tener paciencia todavía durante aquella jornada, á fin de penetrar mejor las intenciones del guía. Resuelto á no perderle de vista ni un instante, no le dejaría alejarse durante el trayecto ni á la hora de alto. Por otra parte, sus compañeros y él estaban bien armados, y si no se tratase de la salvación de Amasia no hubiera temido á resistir á cualquier agresión.

Ahmet volvió á ser dueño de sí mismo. Su rostro no dió á conocer lo que verdaderamente experimentaba, ni á los ojos de sus compañeros, ni naturalmente á los de Amasia, cuyo cariño podía leer con más facilidad en su alma, ni tampoco á los del guía, que, por su parte, no cesaba de observarle con cierta obstinación.

La sola resolución que tomó Ahmet fué dar parte á su tío Keraban de las nuevas inquietudes que había concebido, y esto, cuando la ocasión se presentara, aun cuando debiera dar principio y sostener la más borrascosa discusión.

Al día siguiente, con muy buena mañana, abandonaron aquel miserable pueblo. Si no se producía, si no había ni traición ni error, aquella jornada debía ser la última de aquel viaje emprendido por una satisfacción de amor propio, por el más testarudo de los osmanlies. En todo caso, fué muy penosa. Los tiros debieron hacer enormes esfuerzos para atravesar aquella parte montañosa que debía pertenecer al sistema orográfico de los Elken. Tal vez Ahmet no tuviese nada que sentir por haber aceptado una modificación del primitivo itinerario. Muchas veces fué necesario echar pié á tierra para arreglar los coches. Amasia y Nedjeb mostraron mucha energía durante aquellos rudos pasos.

La noble kurda no se quedó atrás ayudando tanto como sus compañeros. En cuanto á Van Mitten, el novio de su elección, siempre algo abatido desde que salieron de Trebisonda, debió ir casi como un esclavo.

Por otra parte, no hubo ninguna duda sobre la dirección que había que tomar. Evidentemente el guía no ignoraba ninguna de las vueltas de aquella comarca. Las conocía á fondo, según Keraban, las conocía demasiado, según Ahmet. De aquí las acrobacias del tío, que el sobrino no podía aceptar para el hombre de cuya conducta sospechaba. Es necesario añadir, por otra parte, que durante aquella jornada éste no abandonó un instante á los viajeros, y permaneció siempre á la cabeza de la pequeña caravana.

Las cosas parecían, pues, marchar con toda normalidad, aparte de las dificultades inherentes al estado de los caminos, á su estrechez, cuando llamaban alguna montaña, á las sacudidas del suelo, cuando atravesaban por algunos sitios encharcados por las últimas lluvias.

Sin embargo, los caballos resistieron, y como aquella debía ser la última etapa, se les pudo pedir algunos esfuerzos más que de costumbre. En seguida tendrían todo el tiempo que quisiesen para descansar.

Hasta el pequeño asno llevaba alegremente su carga. Así es que el señor Keraban le había tomado cariño.

— ¡Por Allah! me gusta ese animal — repetía — y para burlarme mejor de las autoridades otomanas, tengo despos de llegar montado en su lomo hasta las orillas del Bósforo!

Se convenirá en que era una idea á lo Keraban; pero nadie la discutió, á fin de que su autor no la fuera á poner en ejecución.

Hacia las nueve de la noche, después de una jornada verdaderamente fatigosa, la pequeña caravana se detuvo, y por consejo del guía, se ocuparon en organizar su campamento.

— ¿Á qué distancia nos hallamos ahora de las alturas de Scutari? — preguntó Ahmet.

— Á cinco ó seis leguas todavía — respondió el guía.

— Entonces, ¿por qué no ir más adelante? — replicó Ahmet. — En algunas horas podríamos llegar.

— Señor Ahmet — respondió el guía — no me atrevo á aventurarme durante la noche, en esta parte de la provincia, en donde me expondría á extraviarme Mañana, por el contrario, con los primeros albos del día, no tendré nada que temer, y á las tres de la mañana habrémos llegado al término del viaje.

— Este hombre tiene razón — dijo el señor Keraban. — No es necesario comprometer la partida por tanto desseo. Acompañemos aquí, sobrino, tomemos nuestra última comida de viajeros, y mañana antes de las diez saldaremos á las aguas del Bósforo.

Todos, salvo Ahmet, estuvieron de parte del señor Keraban. Se dispuso acampar en las mejores condiciones posibles para aquella última noche de viaje.

Por otra parte, el sitio había sido bien escogido por el guía. Era un desfiladero bastante estrecho, situado entre montañas que no son más que, propiamente hablando, colinas, en aquella parte de la Anatolia occidental. Se daba á aquel paso el nombre de garganta de Nerissa.

En el fondo, altas rocas se extendían en las primeras laderas de un cimientó, cuyas gradas semi-circulares estaban dispuestas á la izquierda. Á la derecha se abría una profunda caverna, en la que la pequeña caravana podría encontrar algún abrigo, lo que fué comprobado después del exámen de dicha caverna.

Si el lugar era conveniente para un alto de viajeros, no lo era niénos para los caballos, tan necesarios de alimento como de descanso. Á algunas centenas de pasos, fuera de la sinuosa garganta, se extendía una pradera en la que no faltaban ni agua ni hierba. Allí fué donde Nizib condujo á los caballos que fué destinado á ser su guardián, siguiendo la costumbre habitual durante las paradas nocturnas.

Nizib se dirigió, pues, hacia la pradera, y Ahmet le acompañó, á fin de reconocer los lugares y asegurarse que por aquel lado no había nada que temer.

(Se continuará.)

EL SECRETO DEL ORO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCES

POR

LUIS BOUSSENARD.

Estaba pensativo y respondía con trabajo á las preguntas de su abuelo, que era un hombre de extraordinaria fuerza, músculos enormes, estatura elevada y vigoroso como pocos indios. Por un fenómeno singular sus cabellos eran blancos como la nieve, y caían en largos mechones sobre sus hombros formando un marco á su rostro color de ladrillo, de facciones duras y de expresión feroz.

Excedía en estatura á todos los miembros de su reducida tribu, los cuales, regenerados por una existencia al aire libre y por hábitos de sobriedad, poseían la altivez de sus antepasados cuando dominaban los grandes rios. Eran siete hombres incluso el recién venido, con su mujer la jóven Alema, el padre y la madre de ésta y la hermana de su padre.

Este último, el anciano Panaolino, cuyo nombre es muy conocido todavía entre los ribereños del Alto Marañón, dirigía al jóven Santiago miradas escrutadoras.

—¿Mi hijo—preguntó con voz lenta—viene otra vez del país de los blancos?

—Mi padre dice la verdad, he querido volver á ver á mi bienhechor.

—Á pesar de habértelo prohibido yo.

Santiago bajó la cabeza y respondió con dulzura:

—El reconocimiento es la virtud de los hombres rojos.

—La virtud del hombre rojo consiste en obedecer las órdenes de su padre.

—El hombre blanco ¿no es también mi padre?

—Debieras haber seguido á su lado, en vez de cazarle con la perla de los aramichaux. La lengua de mi hijo está partida como la del boicinenga. Si tiene dos padres, tiene también dos mujeres. Aquí quiere ser amo de la mujer roja, allí es esclavo de la mujer blanca.

Alema se acercó dirigiendo á su esposo una mirada celosa.

—Que responda mi hijo.

—Mi padre sabe bien que Alema posee todo mi amor.

—¿El hijo de Panaolino es embustero?

—El hijo de Panaolino no ha mentado jamás—contestó con acento de orgullo.—¿Qué mi padre oiga la voz de un hombre libre!

—¿Un hombre libre!—dijo en tono sarcástico el terrible anciano.—No, mi hijo no es libre. Mi hijo el esclavo del blanco que á su vez es esclavo de la mujer. El indio no tiene amo. Es amo de la mujer. Cuando la mujer del hombre rojo quiere comer el aimara ó el kumaru, el hombre dice: «Echa la canoa al agua. Embárate.....» Ella toma el pagay, el hombre arroja el cebo, el pescado viene, le coge, y ordena: «Ásale.» Cuando está asado le come el hombre. Si no tiene hambre, come la mujer. «Si ésta quiere comer el aguti, el hombre dice: «Vé», y ella le sigue por el bosque. El hombre silba, el animal se acerca y cae herido por la flecha. El hombre dice á la mujer: «Vé á buscarle; enciende lumbre.» Cuando la caza está asada y despues de haber comido el hombre, come la mujer. Por el contrario, el blanco—prosiguió con acento indescriptible de desden—va á caza solo, enciende su hoguera, y asa el animal mientras la mujer está en la choza. Cuando la comida se halla dispuesta, primero come la mujer que él. ¿Ya ves que el blanco es esclavo de la mujer!; Tú eres esclavo del blanco! (1).

El jóven indio, dominado por la sutileza de aquella dialéctica salvaje, respondió confuso:

—Mi padre lo exige..... No volveré más al lado de los blancos.

—Ya es tarde, Si mi hijo se conforma con las órdenes de su padre es porque los blancos están aquí.

Santiago se estremeció y guardó silencio.

Las tres mujeres y los seis hombres espectadores de aquella escena, dejaron escapar un grito de rabia.

—Hijos míos—dijo el anciano—nos amenaza un peligro. Abandonemos nuestras cubañas, tomemos nuestras provisiones y refugiémonos en la gruta. Allí morirémos combatiendo si estamos destinados á no ser libres.

Compliéronse estos preparativos con extraordinaria celeridad, y los miembros de la pequeña tribu penetraron en un recinto oscuro cuyos más apartados rincones parecía que les eran familiares. El jefe entró el último, separó sin esfuerzo una enorme roca que dos hombres no hubieran podido mover, la aseguró mediante un tronco de árbol empotrado en dos rocas laterales, y encendió una antorcha.

(1) Histórico.

La fuliginosa llama determinó súbitamente una colosal incandescencia. Parecía que la bóveda, las paredes y el suelo despedían llamas. La luz resbalaba como sobre arroyos de oro y las menores asperezas de la roca reflejaron rayos enrojecidos por los sangrientos destellos de la antorcha.

Los indios, silenciosos y con torva faz, encendieron cada cual una luz semejante á la de su jefe, y entonces brotó una fulguración deslumbradora. La caverna con sus rechonchos pilares y sus prolongadas bóvedas, parecía de oro macizo. Hubiérase dicho que era una burbuja de metal súbitamente solidificada.



El buen Casimiro se instaló á su lado.

Después de haberse escapado del herviente risol de a Naturaleza.

Hombres y mujeres, insensibles ante aquel espectáculo mágico, marchaban lentamente hundiéndose á veces los pies hasta los tobillos en un polvo fino, seco, que se adhería á sus piernas cubriéndolas de tonos de oro pálido, debajo del cual se destacaba su epidermis teñida por el achiote.

El jefe hizo un ademán significativo. Todos se detuvieron en un punto en que la bóveda se elevaba en forma de cúpula y fijaron las antorchas en las an-

fractuosidades de la roca. A lo lejos se oía el vago rumor de un torrente subterráneo que parecía perderse en el mismo suelo de la gruta. Aquí y allá menudas gotas se filtraban por las paredes aumentando su resplandor y aminorando ligera cabrillo.

—Aquí es—dijo con voz solemne—éste es el último refugio de los aramichaux. ¡Ojalá que los codiciosos no entren jamás en él! ¡Qué numeren los enemigos de mi raza antes de profanarle con su presencia! ¡Muera también el traidor que revele el misterio de nuestro retiro! ¡Que mi mano se seque, que mi brazo

algún padrino si quebrando alguna vez el juramento que pronunció!

Los miembros de la asamblea repitieron aquella fórmula uno después de otro y con voz lenta y grave, Santiago fué el último en jurar, haciéndolo con gesto abogado, síntoma de violenta emoción, acaso de remordimiento.

—Y ahora — terminó el anciano — pueden regocijarse mis hijos.

Los preparativos de la fiesta fueron singulares en extremo. Mientras las mujeres se apresuraban á disponer el víer, los hombres abrieron sus pagaras sacando de ellas un pequeño cui recubierto con barniz impermeable de nautil, cuidadosamente tapado con una vejiga y en el cual había grasa de costa. Untáronse con ella de la cabeza á los piés, y como si de repente se sintiesen acometidos por frenética alegría, se tendieron en el suelo dando gritos feroces, revolviéndose en el polvo dorado, retorciéndose en violentas convulsiones y levantando durante algunos minutos una nube oscura que no permitía verlos.

Cuando se dispuso aparecieron los siete hombres como estatuas de oro macizo, divinidades animadas de aquel templo de metal.

Los vasos llenos de vien simétricamente colocados, empezaban á los bebedores. Santiago se disponía como los demás á tomar una calabaza y á vaciarla, cuando su mujer, la hermosa Alema, con los ojos brillantes y la boca pliegada por dulce sonrisa, se acercó á ofrecerle la copa vegetal.

—Que el amigo de mi corazón beba el licor vertido por su amada.

El jóven, radiante de alegría, absorbió de un trago el brevaie andringador.

La danza y los gritos volvieron á comenzar con una empujamiento, casi con furor. Los indios honraron abundantemente, pero sin exceso, la bebida de sus padres. Entregados á su placer parecía que tenían á gala evitar la borrachera.

Únicamente Santiago, que apenas había bebido, perdió su sangre fría. Empezó á hablar con volubilidad extraordinaria, y después de haber pronunciado frases sin hilación esmaltadas con palabras incoherentes, pareció que sus ideas tomaban cuerpo. Refirió sin omitir la menor particularidad, su viaje á San Lorenzo, las confidencias que hizo al doctor V.... y al comandante, acerca del secreto del oro, su rapto por los forzados, los horribles tratamientos que aquéllos le habían impuesto, así como el objeto de su viaje, y por último, su salvación por los Robinsones de la Guayana.

La confesión fué completa, hablaba con una especie de ímpetu irresistible y doloroso, provocado quizás por una de aquellas bebidas cuyo secreto poseen ciertos indios.

Sus compañeros, imposibles como figuras de metal, oían las revelaciones de Santiago sin aparentar la más ligera emoción.

El jóven, anhelante, con la boca abrasada, pronunció algunas palabras entrecortadas, y con trabajo pudo decir: «¡Quiero beber!» Tan violenta parecía su embriaguez.

Panaolino repuso:

—Está bien; que mi hija dé de beber á su esposo.

Alema salió de la penumbra, se adelantó llevando una vasija llena, y alargándosela al jóven con mano firme mientras le dirigía una mirada penetrante.

Santiago bebió con avidez y se sentó en el suelo, como embutecido con los ojos tristes, mirando sin ver y escuchando sin oír.

El anciano jefe hizo un gesto. Sus hombres tomaron los pagaras y se internaron detrás de él hacia el fondo de las galerías, débilmente iluminadas por resplandores vacilantes.

Regresaron después de una corta ausencia, atravesaron la gran encrucijada cargados con sus cesteros indios y salieron de la gruta después de apartar la piedra. Hicieron algunos viajes análogos sin notar, al parecer, la presencia de Alema, que tenía sobre las rodillas la cabeza de su esposo, dormido, acaso muerto.

Por última vez entraron llevando los pagaras vacíos. Panaolino caminaba detrás de todos, y se dirigió á una especie de nicho, del que sacó una escopeta de dos cañones, que el doctor U.... hubiese reconocido, pues era la que había regalado á Santiago en uno de sus anteriores viajes. Se cercióro de que el arma estaba cargada mientras sus compañeros tomaban sus arcos, flechas y machetes.

El anciano exclamó:

—El tesoro de los Anamicantx está en seguridad. El secreto del oro quedará bien guardado. Venid.

Súbitamente se apagaron las antorchas, y la gruta misteriosa recobró su oscuridad.

La pregunta de Benedicto acerca del cambio que cargaba su escopeta con balas de oro, no tuvo respuesta.

¿Qué importaba á Ackombaka y á sus hombres cuál era la materia del proyectil hallado en los músculos del tapín? Lo principal era que tenían una montaña de carne, de la cual daban buena cuenta trabajando con actividad sin igual los maxilares y los esfíngagos de los pieles-rojas. La noche entera y el día siguiente se dedicaron á la tarea que revestía un carácter santo y obligatorio á presencia del mago muerto.

Los honores fúnebres pueden tributarse en forma sólida ó líquida, según las circunstancias. Lo importante es que reine la abundancia.

No había memoria de que algún indio hubiera sido tan copiosamente honrado. Empleóse todo el tiempo necesario, poniéndose á contribución las extraordinarias facultades digestivas de los miembros de la tribu.

En cuanto los canaris quedaron agotados y el esqueleto del maipuri limpio como por los hormigas de yuca, Benedicto, que tascaba el freno, vió llegar el momento suspirado. Púsose á la cabeza de la columna y se dirigió á aquella cueva, cuya boca se encontraba en la falda sudoeste de la primera colina.

Parecía que los indios vacilaban. Ackombaka no estaba muy tranquilo en cuanto al resultado de aque-

lla empresa, en la que veía ciertas escabrosidades. En resumidas cuentas, el difunto había recibido las mayores muestras de dolor. Su muerte, aunque acaecida bruscamente, no tenía nada de prematura. ¡Era tan viejo! Además había un sucesor, y por último sus despojos constituían una carga bastante embarazosa. ¿Era tan urgente buscar sin descanso y castigar al autor de aquella catástrofe?

El antiguo vigilante no participaba de esta opinión, y al oírlo, montó en cólera amenazando al indeciso jefe con nuevos maleficios, y conociendo á fondo á sus auxiliares, se apresuró á darles ánimo con el obligado estimulante, con el ron.

Cesaron las ventilaciones como por encanto. El tambor de piel de kariaka sonó como un gong, y las flautas de bambú despidieron sus sonidos penetrantes. Se recorrió el escarpado sendero que conducía á la gruta, se adelantó el aventurero con el machete en una mano y una antorcha de *cepero* en la otra, y los piel-rojas le siguieron, vociferando como locos.

Llegaron desvañecidos á la encrucijada, guiados por el blanco, que no podía respirar á causa de la emoción.

Callaron los aullidos, y de pronto reinó un lúgubre silencio. El terror se apoderó del jefe rojo y de sus guerreros.

El mismo Benedicto, á pesar de su carácter duro, no pudo contener un grito de espanto al ver el cuerpo rígido de Santiago, tendido de espaldas, con los brazos abiertos y semejante á una estatua de oro arrancada de su pedestal.

— ¡Oro!... — exclamaron los bandidos maravillados y sin volver á ocuparse del indio.

— No, imbéciles; eso es mica. La tonelada no vale ni dos centinos — dijo Benedicto.

Se bajó rápidamente y levantó el cuerpo del indio para ver si le quedaba un soplo de vida, acercando la antorcha á sus grandes y abiertos ojos. Ni un movimiento agitó sus párpados, ni una contracción modificó el volumen de la pupila.

Benedicto estaba desesperado. Sin embargo, no se crea que el bribón era capaz de commoverse. La caridad no tenía nada que ver en aquel arrebato de furor. Aquella idea de buscar un resto de existencia procedía de una creencia insoslayable. Con la mano puesta en el occipucio del cadáver, sostenía aquel cuerpo rígido apoyado en los talones, y formando con el suelo un ángulo de veinticinco á treinta grados.

— Está muerto — dijo con voz sorda; — decididamente está muerto.

Luégo, sin ocuparse en averiguar por qué concurso de circunstancias se encontraba Santiago en aquella caverna y cómo había succumbido, añadió:

— Bonito traje. Parece el dios del oro. Está loco... y nosotros también — terminó soltando el cadáver, que cayó produciendo un ruido sordo.

Los forzados fugitivos miraban con ojos estúpidos aquella brillante cueva transformada en bóveda mortuoria. El aspecto de aquel templo del oro, objeto de todos sus deseos, y el hombre muerto, que parecía la divinidad destronada, les causaba instintivo espanto. Los indios, cuyas piernas se tambaleaban por

efecto del vino, guardaban un silencio lleno de terror. La voz del aventurero despertó los ecos de la gruta.

— Esta es la última jagarreta que nos hará el animal — dijo, furioso como siempre. — Un piel-roja muerto no vale mucho más que un presidiario vivo, y desde luego menos que un perro sobre una cañota patas.

— Bastante nos hemos ocupado de este mantecato. Ya estamos en el terreno; ahora se trata de encontrar el arca de caudales.

— No será difícil de descerrajar — repuso Bannet, cuya destreza en el manejo de las ganchas le había valido un alojamiento gratuito en Guayana.

— Habrán escondido la alcancía en algún agujero, y el diablo que la encuentre.

— Aquí no hay que buscar ninguna media vieja — dijo el estúpido Tingoy, un bretón que había tratado con los morillos de la chimenea á una tía suya anciana, para robarla sus economías, ocultas en una media.

Estas bromas de buen gusto, muy celebradas en los presidios donde los bandidos gozan refiriendo sus hazañas, no tuvo el privilegio de poner alegre al jefe.

— Ackombaka — preguntó aquél — ¿á qué tribu pertenece ese indio muerto?

— Arambelian — contestó sordamente el capitán.

— ¿Le conoces?

— Sí.

— ¿Quién es su padre?

— Un gran jefe. Ha muerto. La mujer del joven indio...

— ¡Ah! ¿tenía mujer?

— Sí, la hija de Panacolina... un gran piaya — dijo Ackombaka con voz apagada.

— ¿Sabes por qué está cubierto de ese polvo amarillo?

El piel-roja, presa de vivo terror, no pudo responder más que con un signo negativo.

— No se puede sacar nada de estos animales — dijo Benedicto despechado á sus compañeros. — Busquemos nosotros. Existe un hecho cierto; aunque este polvo amarillo no significa nada, podemos estar seguros de que el oro se halla aquí. Apostaría que esos cañales de indios han huido, al ver que nos acercábamos, después de matar á éste para hacerle pagar nuestra llegada.

— Mathieu, dales á esos mandrias otro trago de lo seco, para que se animen. Ahora, corderos, vamos adelante.

Los indios, refocilados por el ron, se pusieron en marcha siguiendo á los aventureros, que se internaron sin vacilar por las galerías laterales.

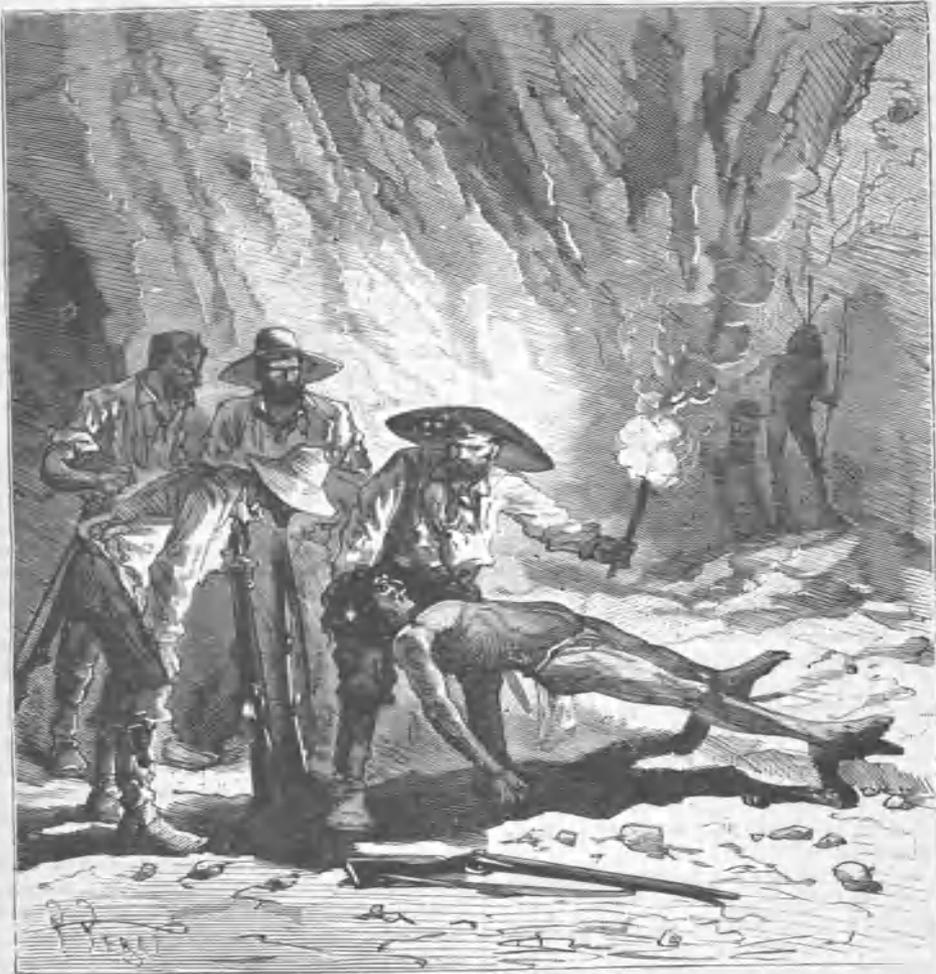
El ruido del terreno aumentaba por momentos, y los cuatro hombres avanzaban escudriñando minuciosamente el suelo, teniendo caer rodando en alguna excavación. Aquellas precauciones no impidieron, sin embargo, que Benedicto tropezase en un cuerpo duro, cuyo choque derribó al suelo, lanzando un juramento horrible.

— ¡Triple imbécil! ¿Estaré borracho? — dijo, le-

vantándose furioso y con la barba cubierta de mica.
 — ¡Aquí hay adoquines!
 — Adoquines..... — aulló Bonnet. — Daria yo algo bueno por ir al asalto de una barricada construida con adoquines como éste.

— ¡Mira! — dijo con voz baja que no tenía nada de humano..... — ¡mira!

Y sus manos trémulas levantaban un pesado trozo de metal, de forma irregular, que con la luz de las antorchas despedía rayos deslumbradores.



Se bajó rápidamente y levantó el cuerpo del indio.

— ¡Oro! ¡Ahora sí que es oro! ¿No es verdad que es oro, Benedicto? ¡Di que esto es oro!.....

La alegría de los forzados era loca, delirante. Pusiéronse á danzar y á dar voces. La de Benedicto era más tranquila en la apariencia, pero quizá más violenta. Palideció, y su mirada no se apartaba de la pepita ni un momento.

— Sí, es oro — dijo por fin con voz entrecortada. — Dame..... quiero verla de cerca. ¡Caramba! La alegría me dobla las piernas y me impide coordinar una idea. La de hacerme rico me enloquece.

— ¿Estás seguro de que es oro?

— Te digo que sí. Lo es. Sí. Esa piedra pesa más de tres kilogramos y vale dos mil francos lo mismo que un céntimo.

Los aullidos y las cabriolas volvieron á empezar con más furor al oír aquella cifra, con gran asombro de los pieles-rojas, que no comprendían nada de aquella súbita explosión.

— Á mí — dijo Tingny, que no podía hablar á causa de la emoción — me trastorna la alegría y me da sed. Voy á echar un trago.

— ¡No! — repuso imperiosamente Benedicto. — Luégo beberás, y nosotros te acompañaremos. Aho

vamos á buscar, y cuando hayamos terminado el negocio podremos divertirnos. Toma; mete eso en tu morral, y continuemos nuestras investigaciones.

—Sí, jefe, tienes razón. No se trata de beber. Cuando estoy bebido pierdo la cabeza. ¡Si nos *robáran!*.....

Sin detenerse en considerar lo que esta prueba de confianza tenía de halagüeña para la asociación, el jefe se puso á examinar minuciosamente el suelo, y descubrió ligeras huellas de pies descalzos.

—¡Ah, ah! ¡que te quemas! Estoy en la pista.

Bruscamente se encorvó, recogiendo una cosa y dándosela á Tinguy.

—Mete eso en el morral, para no perder la costumbre.

Era una pepita de unos cien granos, que el improvisado cajero depositó en su mochila de lienzo.

—Parece que esa era miña.

—Yo los quisiera grandes.

—No importa; no perdemos el tiempo.

—¡Hola! Otro más....

—Este es el camino del Pulgarito.

—¡Carumba!

—¿Qué es eso?

—¡La alcañicia!

—El arca de arcanales del notario.

—La media vieja de mi tía.

—Callaos, montón de animales, ó si no os cortaré la lengua. La huella ha desaparecido. ¡Está vacío el escondite!

Una triple exclamación de rabia dominó el ruido del torrente subterráneo.

No había duda. Una excavación de medianas dimensiones, cubierta con anchas hojas secas de bano, estaba practicada en el suelo, al pie del último pilar, al nivel del arroyo, cuyas agitadas aguas caían entre las rocas formando borbotones. El hoyo estaba vacío. La presencia de algunos fragmentos de oro del tamaño de granos de trigo abandonados en los nervios de las hojas demostraban la precipitación de la mudanza.

—¡Robado!..... ¡Nos han robado!—aullaron desesperadamente.

—No, no es posible. Este no es el único escondite. Debe de haber otros.

—¡Busquemos.... por todas partes, en todos los rincones!

—Sí, eso es. Las pieles-rojas nos ayudarán.

Á pesar de su repugnancia, ni Aekombaka ni sus hombres negaron su concurso á los aventureros. Durante más de cuatro horas los bandidos, animados por la loca esperanza de volver á encontrar aquel tesoro, de cuya opulencia daba idea la muestra encontrada, registraron todos los rincones y sondearon los pilares, pero todo fué en vano.

Su decepción se traducía en manifestaciones ansiosas. Tinguy, el bruto, lloraba como un niño, sollozando con todo su corazón. Bonnet, el sér frío, de cara y aspecto de reptil, parecía haber perdido la razón. Su terrible cólera estallaba en sonidos inarticulados. Mathieu, carácter frío, instrumento pasivo de los cómplices que lo habían enviado al presidio, in-

capaz de tomar una resolución, repetía con acento de idiota:

—¡No será así! ¡Oh! ¡no será así!

Benedicto, con los ojos relucientes, el rostro amarillado y las venas del cuello gruesas como cuerdas, estaba espantoso.

Él era el único que había conservado una apariencia de sangre fría, y era indudable que hacía un gran esfuerzo sobre sí mismo para dominarse y para imponer silencio á su natural brutalidad.

—¡Quietos!—gritó al fin, con voz de irieno.—¿Acabardis de gritar.... nos han robado?.... ¡Bien! ¿Y qué? ¿Creéis encontrar la huella chillando como monos encarnados? ¡Sangre de Dios! Yo soy siempre el antiguo buscador de pistas. Vamos á salir de aquí y á descubrir las huellas de los ladrones. Os prometo que veréis cosas buenas. Entre tanto, es preciso confortar el estómago. Ayamando no recobrirémos las fuerzas necesarias. Ea, á comer. El tiempo es precioso.

Sacáronse las provisiones, se extendieron en el suelo y comenzó la comida, en la que tomaron parte los indios. El furor del aventurero se había disipado como por encanto. El héroe era hombre de recursos.

Decididamente no está perdido todo. Aekombaka y sus subversos continuarán con nosotros. Es preciso que se desprendan de la osamenta de su playa. Voy á tratar de que le entierren aquí. Ese fardo es un estorbo. En cuanto á nuestro piel-roja, ya es más fácil. Le enviaremos á dar un paseo por el arroyo. Conviene que no emponzoñe esta cueva, acerca de la cual tengo proyectos para el porvenir.

—¿Qué proyectos?—preguntó Bonnet algo más tranquilo, pero que no podía comer por falta de apetito.

—Muy sencillo. Estamos en mantillas como los niños. Recordad bien lo que dijo el comandante y al doctor. Nunca se ha tratado de encontrar un tesoro de autemano reunido. Les habló de un sitio en que la roca tenía oro. ¿No dijo que hacía falta un martillo?

—Sí, es verdad—contestó Tinguy.

—¡Pues bien! Hemos encontrado más de lo que buscábamos, y está adquirida la certidumbre de la existencia de un tesoro en manos de los aramechaux. No hemos llegado á tiempo, y es tanto más de lamentar cuanto el escondite, á juzgar por sus dimensiones, podría contener más de ciento cincuenta kilogramos de oro. Pero los pájaros no estaban en el nido, y esa hermosa pepita que acabamos de recoger la han perdido en la fuga. Todo induce á creer que la familia de nuestro prisionero le ha sacrificado pensando que había descubierto el secreto del oro, cuando en realidad no habló sino de hilones que podían explotarse.

—También es verdad.

—Este homicidio inútil nos importa muy poco. Lo esencial para nosotros era llegar aquí. ¿Sabeis cuál es la roca de que está formada esta cueva?

—No.

—Pues es cuarzo aurífero, el más rico quizá que existe en la Guayana.

—¿Es posible? En ese caso no se ha perdido todo.
—Las riquezas encerradas en ese cuarzo son en este momento tan inútiles para nosotros como una finca en la luna. Para desmoronar estos pedruscos necesitamos martillos de forja, máquinas de vapor, gran cantidad de brazos, provisiones y otras muchas cosas.

—¡Ahora sales con eso!—repusieron los forzados, cayendo otra vez desde la altura de sus ilusiones.

—La presencia de cuarzos indica la proximidad de terrenos fácilmente explotables, que contienen oro en granos o en polvo. En el caso poco probable de no volver á encontrar á los *aramichaux*, no tenemos que hacer más que una cosa, y es explotar los terrenos y convertirnos en ahorrados buscadores de oro. Cuando se encuentra el filon no hacen falta grandes sacrificios de fondos, ni una gran inteligencia.

—¿Y eso qué ventajas ofrece?

—Un obrero común puede ganar de ciento cincuenta á doscientos francos diarios. Pero como contamos con filon de extraordinaria riqueza, tenemos derecho á esperar el triple y el cuádruple de esa suma.

—Eh, enhorabuena. Entonces todo va bien, y hay que confesar que eres hombre de recursos.

—Ya que hemos recuperado las fuerzas, no tenemos nada que hacer aquí, y debemos levantar el campamento. Cuanto antes mejor.

Hasta entonces se había sostenido la conversacion en voz baja, á fin de dominar el ruido del torrente, cuyas ondas batian sin cesar su lecho de roca.

De pronto quedó asombrado el aventurero al observar la sonoridad de sus palabras. Los indios y los tres blancos hicieron la misma observacion. El rumor del agua se debilitó poco á poco, y no tardó en reinar el silencio.

—¿Qué es esto?—dijo el jefe inquieto y alarmado, cogiendo una antorcha próxima á extinguirse.

Avanzó rápidamente hacia el fondo de la gruta, y se detuvo, lleno de estupor, al ver el lecho del arroyo enteramente vacío.

La cascada había cesado de despedir agua.

Las rocas, sumergidas poco antes, relucían y exhalaban ese olor particular de humedad reciente.

Volvió corriendo sin poder ocultar su angustia.

—Salgamos en seguida. No sé lo que sucede. Nos amenaza una catástrofe. Ea, en retirada.

Se puso al frente de la columna, emprendió el camino que conducía á la entrada, y su cabeza chocó contra una masa enorme que obstruía el paso. Un estremecimiento agitó todo su cuerpo.

—¡Estamos perdidos—murmuró—si no encontramos salida! La gruta está cerrada.

CAPÍTULO VI.

Preocupaciones del primogénito de Robin. — Sus descubrimientos inquietadores. — Larga ausencia y caza ruin. — Pistas sospechosas. — Rojos y blancos. — Tigre y ambuco. — Indios indigentes. — Inducciones sacadas de la presencia de un clavo de zapato en una roca. — El que recuerda las hazañas de los héroes de Cooper. — Los extranjeros no pueden ser sino enemigos. — El paraisimo lo ha adelantado. — Consejo de guerra. — A la descubierto. — Necios convertido en cazador. — Campamento en el bosque. — El huracán. — ¡Enterrados vivos!

Enrique volvió despues de una ausencia de dos dias. Abrazó á su madre, estrechó la mano de su padre, de sus hermanos, de Nicolas y de Casimiro, y sin decir una palabra se quitó las bandas de algodón que servian para sostener la hamaca sobre sus robustas espaldas.

En la mesa colocó una alpaca de gran tamaño, en cuya piel, de pelo gris, se veian dos agujeros rodeados de sangre.

La llegada del jóven cazador fué saludada, como siempre, con gritos de alegría.... Todos los habitantes de la colonia, incluidos los animales, hacian demostraciones de cariño al primogénito de los Robinsones, que parecia dominado por una honda preocupacion.

Y sin embargo, el recibimiento que le habia hecho su madre no era ménos tierno que de costumbre, y el abrazo de su padre, de sus hermanos y de sus amigos no fué ménos afectuoso que otras veces.

Los hocos erizaron su cresta lanzando sus gongosos gritos. Los agamies emitieron su belicosa llamada de trompeta, y no solamente los animales del corral, sino los domésticos, tomaban parte en aquella cordial bienvenida.

Michaud, el homiguero, con la cola orgullosamente empuachada, gruñía de placer delante de *Cat*, el jaguar domesticado, y de *Sini*, el macaco de Carlos, retozon como en los lejanos dias de su infancia, se puso á arañar frenético su orínico sin orejas.

Aquel cuadro bíblico, aquella confusion pacífica de géneros y de especies, aquella armonía de diversos elementos que siempre era la delicia del jóven, y completaba la felicidad del regreso, no le cautivaba como en otras ocasiones.

Enrique parecia estar muy preocupado. Tan insustitida frialdad causó inquietudes en su padre.

—¿Estás enfermo?—preguntó el proscripto, aunque la arrogante actitud de su hijo daba un formal mentis á tal suposicion.

—No, padre—dijo respetuosamente el jóven—ya sabes que desde mucho tiempo he hecho un pacto con la salud.

—Pero no dices nada.... Yo temia que tuvieras un acceso de fiebre. Ya sabes que, á pesar del vigor del europeo, y aunque se haya adaptado por completo al clima de la Guayana, su enemigo constante, la fiebre, siempre en acecho, parece que busca un punto débil para penetrar en su organismo. Tu ausencia ha sido muy larga. Nunca estás tanto tiempo fuera de casa, y ya empezábamos á inquietarnos.

—Perdon, padre; mi querida y buena madre, per-

don — dijo sin responder directamente al proscrito. — El demonio de la caza me ha tentado una vez más.

— Y, como de costumbre, has sucumbido á la tentación.

— Es cierto. Cuando contemplo delante de mí la inmensidad, cuando el bosque virgen con sus soledades inexploradas, sus matorrales sin fin, y sus árboles gigantes se presenta á mi vista, me siento transformado. Las bocanadas de aire libre se me suben al cerebro, un soplo ardiente de libertad llena mi pecho, y creo que domino el infinito.

— ¡ Todo eso para matar una alpaca! — añadió melancólicamente el travieso Eugenio, un verdadero cazador, un Nenrod equinoccial.

En tiempos normales no tardaba en replicar Enrique; sin embargo, ni una palabra, con gran disgusto de Nicolás, que gozaba con aquellos afectuosos y pacíficos tórnos de palabras, á cuyo final vencedores y vencidos, hartos de gastar saliva y dialéctica, se reían como escolares en asueto.

— ¡ Un alpaca! ¡ No ha matado más que una alpaca! En dos días — dijo el parisíense riéndose á carcajadas.

— ¿ Has encontrado á *Maman-di-l'Eau*?, como dice Casimiro.

— No, compadre — repuso vivamente el viejo con voz lastimera. — No os burles de *Maman-di-l'Eau*. Es más caprichosa que una india. Ó es buena como un blanco ó mala como un Oyacenté.

Mientras que Nicolás se chancaba de los terrores de su anciano amigo, Enrique hizo á su padre una seña imperceptible, y los dos hombres salieron.

El primogénito de los Robinsones volvió á tomar su arco y sus flechas, y silbó á su jaguar. Robín fué el primero en romper el silencio:

— Eres mal diplomático, mi querido Enrique.

— ¿ Por qué, padre mío?

— Porque no siendo sordo y ciego es imposible mirarte durante un minuto sin comprender que eres portador de una mala noticia.

— ¡ Oh! ¿ Q ué dices?

— La verdad exacta. ¿ Cómo es que tú, el explorador infatigable, tú, el arquero de la flecha infalible, vuelves al cabo de dos días con tan ruin caza? ¿ Tú, el hombre de los músculos de hierro; tú, tan bravo como nosotros y más fuerte que ninguno, te armas para venir á veinte pasos de la casa, haces que te acompañe tu feroz guardian, y te asombras de mi observación? Te repito, hijo mío, que nos amenaza un peligro.

— Es verdad. Pero no quería alarmar á mamá.

En herabieza. En eso reconozco á mi hijo, á mi brazo derecho, á mi *alter ego*. El peligro debe ser inminente y muy grave para motivar tal preocupación.

— Juzga tú mismo, padre. He encontrado huellas de blancos mezcladas con una pista de indios.

El proscrito permaneció impassible, pero en sus ojos brilló un relámpago.

— ¡ Eso es grave! — dijo lentamente. — Muy grave. No te haré la injuria de poner en duda tus facultades de explorador. Has visto y has visto bien.

— Al principio dudaba. No era la primera vez que descubría una pista humana. Muchas veces he seguido la pista de los indios, y he llegado á distinguir las pisadas de un arañicán de las de un emerillon. Las producidas por los pies torcidos de los últimos no podían confundirse con la impresión elegante y fina de los primeros, así como la marca pesada del galibi no puede ser atribuida á la señal ligera del oyampi. Pero ¿ qué nos importaban ni qué nos importan esos seres inofensivos?

Robín escuchaba sin interrumpir aquella definición tan completa como sencilla, y recordaba, á pesar de la inminencia del peligro, ó quizá por causa de él, al héroe legendario de Cooper, sobre cuyos huellas marchaba su hijo.

El joven continuó:

— Acababa de silbar á un aguti. *Cat*, sentado junto á mí, esperaba con paciencia el momento favorable para lanzarse sobre él, cuando de pronto vi que parecía estar colérico y agitado.

Ya conoces el instinto maravilloso y el excelente olfato de mi compañero. Dudo de que los sabiosos de Europa puedan rivalizar con este cazador terrible. El aguti se acercó, nos oyó, y dejando escapar un gruñido de sorpresa, huyó, sin que *Cat* se ocupase para nada de él. Su hocico, replegado por la ira, se volvía en dirección opuesta. Yo escuchaba atentamente y me pareció oír un rozamiento muy débil. Me oculté detrás de un *cubari*, y esperé sujetando al jaguar por la piel del pescuezo. Acercóse el ruido, y no tardé en descubrir á pocos pasos nueve pieles-rojas que marchaban en fila india. Eran seis hombres y tres mujeres, de las cuales la más joven parecía presa de un dolor muy violento. Un anciano de aspecto feroz, el jefe sin duda, le interpelaba rudamente. Lanzó un gemitido y él la asestó un golpe terrible en la boca con el mango de su machete. Brotó la sangre; la desgraciada bajó la cabeza guardando silencio. Todos pasaron á mi lado, y al verlos comprendí que emigraban, pues iban cargados con todos sus efectos de campamento, y no podían resistir el peso de sus provisiones. Me interesaba poco saber adónde caminaban, pero me importaba mucho conocer de dónde venían.

— Muy bien, hijo mío. En eso reconozco tu prudencia. Aquella gente podía ser una facción de una tribu importante, y era urgente averiguar su nombre y su situación.

— Sí, padre. En el acto comprendí la marcha y llegué á aquellas montañas que hace tiempo visitamos, y en las que recogimos hermosos ejemplares de cuarzo azufrado. Pero en aquel sitio se hizo confusa la pista, ó, por mejor decir, se multiplicó. Las huellas de los primeros indios estaban mezcladas con numerosas señales de pieles-rojas, pero la naturaleza del terreno no me permitió al principio conocer exactamente las diferencias que podían presentar.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

—Mattia, respóndeme con toda sinceridad, francamente y sin contemplaciones; esta noche no has dormido, ¿has visto algo?

Siguió con los ojos bajos y dijo con voz ahogada:

—No dormía.

—¿Qué has visto?

—Todo.

—¿Y has comprendido?

—Que los que vendían aquellas mercancías no las habían comprado. Tu padre les ha reprendido por haber llamado á la puerta de la cochera y no á la de la casa, y ellos respondieron que estaban espíados por los *bab*, es decir, por los *policémen*.

—Ya ves cómo es preciso que te vayas — le dije.

—Si es preciso que yo me marche, también lo es que vengas tú conmigo; esto es tan necesario para uno como para otro.

—Cuando te rogué que me acompañases, creía, según lo que me dijo la tía Barberin, y con arreglo también á mis sueños, que mi familia podría instruirnos á los dos y que no nos separaríamos; pero las cosas no han sucedido como pensábamos; el sueño..... era un sueño: es indispensable que nos separemos.

—¡Nunca!

—Escúchame bien y no aumentes mi dolor. Si en París hubiéramos encontrado á Garofoli y te hubiera llevado á su casa, indudablemente no hubieses querido que yo siguiera junto á tí, y lo que te digo ahora me lo dirías entonces.

No me respondió.

—¿Es cierto? Dime si es cierto.

Después de reflexionar un momento, dijo así:

—Escúchame ahora, y escúchame bien: cuando me dijiste en Chavanon que habías encontrado á tu familia, que te buscaba, experimenté una gran tristeza; hubiera debido alegrarme al saber que íbas á encontrar á tus padres, y lejos de ser así, lo deploré con toda mi alma. En vez de pensar en tu dicha y en tu felicidad, pensé en mí; me dije que tendrías hermanos y hermanas á los cuales habías de querer como á mí, acaso más, hermanos y hermanas ricos, muy bien educados, gallardos jóvenes, hermosas señoritas, y te confieso que tuve envidia. Es preciso que sepas esto; te digo la verdad para que me perdones, si es que puedes perdonar tus malos sentimientos.

—¡Oh, Mattia!

—Di, dime que me perdonas.

—Con todo mi corazón; observé tu tristeza y no te he guardado rencor.

—Porque eres tonto. Tú has sido demasiado bueno y yo demasiado malo. Pero si me perdonas por tu bondad, yo no me perdono á mí mismo porque no soy tan bueno como tú. Aún no lo sabes todo. Yo me dije: Iré con él á Inglaterra para ver lo que sucede; pero cuando él sea feliz, muy feliz, cuando ya no tenga tiempo para pensar en mí, huiré, y sin detenerme, iré á Lucca para abrazar á Cristina. Pero resulta que en vez de ser rico y feliz, como habíamos creído, no eres rico y eres..... es decir, no eres lo que habíamos pensado; pues bien, ahora no debo irme; y no es á Cristina, á mi hermanita, á quien debo abrazar, sino á mi camarada, á mi amigo, á mi hermano, á Kemi.

Al decir esto me cogió la mano y la besó; llenáronse de lágrimas sus ojos; pero no fueron tan amargas ni tan abrasadoras como las que yo acababa de verter.

Sin embargo, por grande que fuese mi emoción, no abandoné mi idea:

—Es preciso que marches, que vuelvas á Francia, que veas á Lise, á M. Acquin, á la tía Barberin, á todos mis amigos, y que les digas cuál es la causa de que yo no pueda hacer por ellos lo que había soñado, lo que había prometido. Dirás que mis padres no son ricos, como habíamos pensado, y esto será bastante para que me perdonen. ¿Entiendes bien? No son ricos y esto lo explica todo; el ser pobre no es una vergüenza.

—No es porque sean pobres por lo que tú quieres que me vaya; no me voy.

—Mattia, te ruego que no aumentes mi pena.

—¡Oh! No quiero obligarte á que me digas lo que te da vergüenza explicarme. Yo no tengo talento y si soy tarde para comprender lo que debe entrar en la cabeza, siento en seguida lo que llega al corazón. Tú no quieres que me vaya porque tus padres sean pobres y no puedan alimentarme, pues yo trabajaría para ellos; es porque, después de lo que has visto esta noche, tienes miedo por mí.

—No digas eso, Mattia.

—Tienes miedo de que llegue yo á cortar las etiquetas de las mercancías que no han sido compradas.

—¡Oh! ¡Cállate, Mattia; querido Mattia, cállate!

Y oculté entre las manos mi cara enrojecida de vergüenza.

— ¡Pues bien! Si tú tienes miedo por mí—contínua Mattia—yo le tengo por tí, y te digo: vámonos juntos, volvamos á Francia para ver á la tía Barberín, á Lise y á tus amigos.

— ¡Es imposible! Tú no eres nada de mis padres; yo soy su hijo y debo quedarme á su lado.

— ¡Tus padres! ¡Ese viejo paralítico tu abuelo! ¡Aquella mujer embriagada sobre la mesa tu madre!

Me levanté vivamente, y no ya con acento de súplica, sino en tono de mando, exclamé:

— ¡Cállate, Mattia, no hables de ese modo, te lo prohibo! Se trata de mi abuelo y de mi madre, y debo honrarlos y respetarlos.

— En ese deber estarias si realmente fuesen de tu familia; pero si no son ni tu abuelo, ni tu padre, ni

tu madre, ¿por qué has de concederles ese respeto?

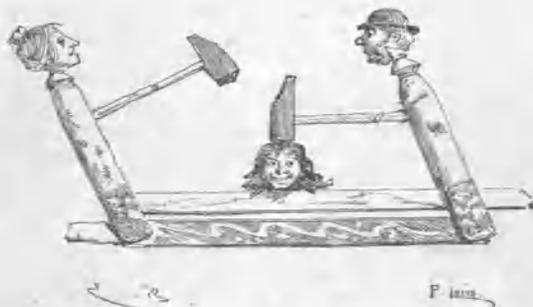
— ¿No has oído el relato de mi padre?

— ¿Y qué prueba ese relato? Han perdido un niño de la misma edad que tú; le han buscado y han encontrado uno de igual edad á la del que perdieron. Esto es todo.

— Olvidas que el niño que les robaron fué abandonado en la alameda de Breteuil y que en ese mismo sitio me encontraron el día en que perdieron el suyo.

— ¿Y por qué no han de haber sido abandonados dos niños en el mismo día y en la alameda de Breteuil? ¿Quién te asegura que el comisario de policía no se ha equivocado al enviar á M. Driscoll á Chavanon? Esto es posible.

— Eso es absurdo.



¿Hacen daño los golpes cuando se reciben por un amigo?

— Acaso sea un absurdo lo que yo digo porque me explico mal, como mi estúpida cabeza me lo permite; otro lo explicaría mejor que yo, y entónces te parecería razonable; quien es absurdo soy yo, ahí lo tienes.

— No, no es eso.

— Para acabar, debes tener en cuenta que no te pareces ni á tu padre ni á tu madre, que no tienes el pelo rubio como tus hermanos y hermanas, que todos tienen el cabello, fijate bien, de igual color; ¿por qué no habías de ser como ellos? Además, hay una circunstancia muy importante: ¿cómo se explica que unas personas que no son ricas hayan gastado tanto dinero para buscarte? Por todas estas razones creo yo que no perteneces á la familia Driscoll; comprendo que soy un necio, me lo han dicho muchas veces, pero la culpa es de mi cabeza. Luego si no eres uno de los Driscoll, no debes quedarte con ellos. Si á pesar de todo insistes en permanecer á su lado, yo me quedaré contigo; pero es preciso escribir á la tía Barberín para que nos diga con toda exactitud cómo eran tus pañales; cuando tengamos su carta, interrogarás al que se llama tu padre, y entónces empezaremos á ver un poco más claro. Hasta que llegue ese momento estoy decidido á no moverme y á seguir á tu lado aunque no quieras; si hay que trabajar, trabajaremos juntos.

— ¿Y si alguna vez le pegan á Mattia en la cabeza?

Asomó á sus labios una triste sonrisa.

— No sería eso lo más doloroso: ¿hacen daño los golpes cuando se reciben por un amigo?

CAPÍTULO XXXVI.

«CAPIT PERVERTIDO».

No volvimos al patio del Leon Rojo hasta la caída de la tarde; todo el día le empleamos en pasear por aquel hermoso jardín, hablando sin dejarlo, despues de almorzar un pedazo de pan.

Ya estaba de vuelta mi padre, y mi madre se habia levantado. Ni uno ni otra nos hicieron observaciones acerca de lo largo del paseo; únicamente despues de la cena fué cuando mi padre nos dijo que necesitaba hablarnos á Mattia y á mí, y con este objeto nos llevó delante de la chimenea, con gran disgusto del abuelo, que dió una especie de gruñido como siempre que alguien queria calentarse al fuego.

— Contadme algo de vuestro género de vida en Francia—dijo mi padre.

Le referi lo que deseaba saber.

— ¿Y nunca habeis estado á punto de morir de hambre?

— Jamas, y no tan sólo hemos ganado el sustento,

sino que pudimos ahorrar lo suficiente para comprar una vaca — dijo Mattia con cierto orgullo.

Y á su vez contó la adquisición de nuestra vaca.

— ¡Teneis mucho talento! — dijo mi padre; — hacedme ver vuestras habilidades.

Yo tomé mi arpa y toqué una pieza, pero no fué la cancion napolitana.

— Bien, bien — dijo mi padre; — y Mattia ¿qué sabe?

Mattia ejecutó también un trozo en el violín y otro en el cornetín de pistón. Este último provocó los aplausos de los niños, que habían formado círculo á nuestro alrededor.

— ¿Y Capi? — pregunta mi padre; — ¿no sabe algo? Me parece que no le llevaréis con vosotros para que os divierta, y debe estar en disposición de ganar, al ménos, lo que come.

Yo estaba orgulloso de los talentos de Capi, no por mí, sino por Vitalis; hice que ejecutase algunos ejercicios de su repertorio, y alcanzó entre los niños su acostumbrado triunfo.

— Este perro es una alhaja — dijo mi padre.

Respondí á este cumplido haciendo el elogio de Capi, y asegurando que era capaz de aprender en poco tiempo todo lo que se le quisiera enseñar, aun lo que no saben hacer los individuos de su raza.

Mi padre tradujo mis palabras al inglés y me pareció que añadía otras que no comprendí, pero que produjeron la hilaridad de todos los circunstantes, mi madre, mis hermanos y hasta mi abuelo, que guiñó los ojos repetidas veces exclamando: *«Fine dogs»*; lo cual queria decir buen perro.

— Voy á haceros una proposicion — continuó mi padre; — pero ante todo es preciso que Mattia diga



Esto que Capi ejecutase algunos ejercicios de su repertorio.

si le conviene quedarse en Inglaterra, y si quiere vivir con nosotros.

— Deseo permanecer al lado de Kemi — contestó Mattia — que era mucho más discreto de lo que él creía y de lo que yo pensaba — y á todas partes le acompañaré.

Mi padre, que no podía adivinar el doble sentido de aquella respuesta, se mostró muy satisfecho.

— Ahora vuelvo á mi proposicion. No somos ricos y trabajamos todos para vivir; durante el verano recórreremos la Inglaterra, y los niños van á ofrecer mis mercaderías á los que no quieren molestarlos en llegar hasta nosotros; pero en el invierno apenas tenemos algo que hacer. Mientras estemos en Londres, Kemi y Mattia podrán ir á tocar por las calles, y creo que harán muy buenas ganancias, sobre todo cuando se aproximen las fiestas de Navidad, y lo que nosotros llamamos *weits* ó veladas. Pero como es preciso ahorrar en este mundo, Capi irá á dar representaciones con Allen y Ned.

— Capi no trabaja bien si no es conmigo — dije vivamente, pues no me agradaba la idea de separarme de él.

— Aprenderá á trabajar con Allen y con Ned, no tengas cuidado, y dividiéndolos de este modo ganaréis mucho más.

— Os aseguro que no hará nada de provecho, y por otra parte, yendo solos Mattia y yo, ganaremos más.

— Ya heinos hablado bastante — dijo mi padre; — cuando yo mando una cosa es para que se obedezca inmediatamente y sin replicar; ésta es la costumbre de la casa, y á ella has de sujetarte como todos.

Me callé, pero empecé á considerar que mis hermosos sueños respecto de Capi se realizaban tan tristemente para él como para mí; ¡bamos á separarnos!

Entramos en nuestro carruaje para acostarnos; aquella noche no nos encerró mi padre.

Al tiempo de echarme en mi catre, Mattia, que tardó más tiempo que yo en desnudarse, se acercó á mi oído y me dijo con voz ahogada:

— Ya ves, el que llamas padre tuyo no solamente quiere tener niños que trabajen para él, sino que necesita perros; ¿abrirás al fin los ojos? Mañana escribiremos á la tía Barberin.

Al día siguiente tuve que dar una lección á *Capi*; le tomé en mis brazos, y besándole muchas veces en el hocico, le expliqué lo que esperaba de él; ¡pobre perro! ¡de qué manera me miraba!

Cuando puse su cordon en la mano de Allen, empecé de nuevo mis explicaciones, y como era tan in-

teligente y tan dócil, siguió á mis dos hermanos sin hacer resistencia alguna.

En cuanto á Mattia y á mí, fuimos llevados por mi mismo padre á un barrio donde podriamos ganar bastante, y atravesamos todo Lóndres para llegar á una parte de la ciudad poblada de hermosas casas,



Puso sus patas en mi pecho.

con suntuosos pórticos y calles monumentales, con jardines á uno y otro lado. En aquellas anchurosas vías no se encontraban gentes cubiertas de harapos, ni rostros famélicos, sino bellas damas con vistosos trajes, coches cuyas cajas brillaban como espejos, y caballos magníficos guiados por robustos cocheros de empolvada peluca.

Era ya tarde cuando llegamos al patio del Leon Rojo, pues la distancia de West-End á Bethnal Green

es muy larga, y tuve la satisfacción de encontrar á *Capi*, cubierto de barro, pero sumamente contento.

Tan alegre me puse al verle, que despues de haberle frotado con paja seca le envolví en mi zamarra y le acosté en mi catre; seria muy difícil saber cuál de los dos era más feliz; el perro ó yo.

Así continuaron las cosas durante varios días. Nos íbamos por la mañana y no volviamos hasta por la noche despues de ejecutar nuestro repertorio en di-

versos barrios; mientras que *Capi* daba sus representaciones bajo la dirección de Allen y de Ned; pero una noche me dijo mi padre que al día siguiente podría llevar a *Capi* porque Allen y Ned se quedarían en casa.

Esa noticia nos alegró sobremanera, y Mattia y yo nos propusimos realizar una buena ganancia con *Capi* para que nos le dejase todos los días; se trataba de reconquistar a *Capi* y era preciso agotar todos nuestros recursos.

Lo lavamos escrupulosamente, y después de almorzar nos pusimos en marcha hacia el barrio en que la experiencia nos había enseñado que el respetable público llevaba la mano al bolsillo sin dificultad alguna. Para llegar allí teníamos que cruzar todo Londres de Este á Oeste, por Old-street, Holborn y Oxford-street.

Desgraciadamente para el éxito de nuestros planes, hacía dos días que no se disipaba la niebla; el cielo, ó lo que hace sus veces en Londres, era una masa de vapores rojizos, y sobre las calles flotaba una especie de humo gris que no permitía divisar los objetos á cinco pasos. La gente no saldría de sus casas, y desde las ventanas, tras de cuyos cristales nos escucharían, no se podría ver á *Capi*; esta sangrosa circunstancia destruía todos los proyectos que habíamos forjado; Mattia y yo maldecíamos aquella niebla, sin pensar en que algunos instantes después había de prestarnos un servicio inapreciable.

Andando de prisa, seguidos por *Capi* mediante algunas palabras que yo le dirigía de vez en cuando y que servían mucho mejor que la más fuerte cadena, llegamos á Holborn, una de las calles más frecuentadas y de más comercio en Londres. De repente noté que ya no me seguía *Capi*. ¿Dónde estaba? Aquella huida me pareció muy rara. Me detuve para esperarle y silbé repetidas veces, porque no podíamos ver á lo lejos. Ya estaba yo ansioso temiendo que nos le hubiesen robado, cuando le vimos llegar á escape con un par de medias en los dientes y agitando la cola. Puso sus patas en mi pecho y me presentó las medias indicándome que las cogiese; parecía estar muy orgulloso, como si hubiera ejecutado á la perfección alguno de sus ejercicios más difíciles. Todo esto sucedió en pocos segundos; yo me quedé absorto, y Mattia, cogiéndome bruscamente por la mano, me llevó á un paseo próximo.

—Vamos de prisa — dijo — pero sin correr.

Al cabo de algunos minutos me dió la explicación de aquella huida.

—Estaba preguntándome, lo mismo que tú, de dónde procedía aquel par de medias, cuando oí una voz que gritaba: «¡Al ladrón, al ladrón!» Ya comprenderás que el ladrón era *Capi*, y á no ser por la niebla nos hubieran detenido por rateros.

No sabía qué contestar y hubiera querido que me tragase la tierra. Habían convertido á *Capi* en un ladrón, al bueno, al honrado *Capi*!

—Vamos á casa — dije á Mattia; — lleva atado á *Capi*.

Mattia no me dijo una palabra, y en poco tiempo llegamos al patio del Leon Rojo. El padre, la madre

y los niños estaban al rededor de una mesa ocupados en envolver telas; yo tiré el par de medias sobre la mesa, lo que hizo reír mucho á Allen y á Ned.

—Éste aquí un par de medias que *Capi* acaba de robar, pues le han enseñado á ser ladrón, sin duda por jugar.

Mientras hablaba de este modo, temblaba de pies á cabeza, y sin embargo nunca había estado tan resuelto á todo.

—Y si no hubiera sido por jugar — preguntó mi padre — ¿qué hubieras hecho?

—Atar una piedra al cuello de *Capi*, y aunque le quiero mucho, arrojarle en el Támesis para que se ahogase. No quiero que *Capi* sea un ladrón, como yo tampoco desearé serlo, y si alguna vez pensara que podía sucederme esto, me ahogaría con él.



Capi ladrón.

Miróme mi padre frente á frente é hizo un gesto de cólera como para infundirme miedo; su mirada era terrible y sin embargo no bajé la vista; poco á poco desapareció la contracción de su rostro.

—Has tenido razon al creer que todo era juego — dijo; — para que no vuelva esto á suceder, todos los días saldrá *Capi* contigo.

CAPÍTULO XXXVII.

LOS RICOS PAÑALES HAN MENTIDO.

Todas cuantas caricías hice á mis hermanos Allen y Ned fueron recibidas por ellos con cierta aspereza; era evidente que no me consideraban como hermano suyo.

Después del incidente de *Capi* se dibujó nuestra situación respectiva con más claridad, pues traté de hacerles comprender, no con palabras, porque no podía explicarme fácilmente en inglés, sino con una pantomima bastante significativa en la que desempeñaron mis puños el principal papel, que si intentaban algo contra *Capi*, siempre me encontrarían dispuesto á defenderle ó á pegarles.

No teniendo hermanos hubiera querido tener hermanas; pero Annie, la mayor de las niñas, no me manifestaba sentimientos más benévotos que sus hermanos, rechazando, como ellos, mis caricias y no dejando pasar un solo día sin hacerme alguna jugarreta, por cierto con mucho ingenio.

Rechazado por Allen y por Ned, rechazado por Annie, no me quedaba más que recurrir á Kate, la cual, á causa de sus tres años, era demasiado tierna para entrar en la asociación de sus hermanas: habíase dejado acariciar por mí al principio, porque la entretenía con los ejercicios de *Cappi*, y después cuando volvió el perro á mi poder, porque la llevaba los collitos, los pastelillos y las narajas que, durante nuestras representaciones, nos daban los niños con ademán majestuoso y diciendo: «Para el perro.» Me parecía un poco raro dar narajas al perro, pero yo las recibía con gratitud, pues me permitían captarme las simpatías de miss Kate.

Resultaba, por consiguiente, que de toda mi familia, de aquella familia hacia la cual sentía mi corazón tanto cariño cuando desembarqué en Inglaterra, no había más que la pequeña Kate á quien pudiese amar. Mi abuelo continuaba escarpiendo furiosamente siempre que me acercaba á él; mi padre no se ocupaba de mí sino para pedirme por las noches la cuenta de nuestras ganancias; mi madre no estaba casi nunca en este mundo; Allen, Ned y Annie me aborrecían; tan sólo Kate se dejaba acariciar, aunque no fuese más que por estar llenos mis bolsillos de confites y de golosinas.

¿Qué decepción!

En medio de mi pena, y por más que al principio hubiese rechazado las suposiciones de Mattia, acabé por considerar que si verdaderamente era un miembro de la familia, hubieran guardado hacia mí otros miramientos distintos de los que manifestaban, tanto más, cuanto que yo no había hecho nada para merecer aquella indiferencia, ó por mejor decir, aquel duro trato.

Siempre que Mattia me veía sumido en tan tristes reflexiones, adivinaba cuál era el motivo; y me decía como si hablase consigo mismo:

—Tengo verdadera impaciencia por saber lo que contestará la tía Barberin.

Para recibir la carta, que debía estar dirigida á la lista, habíamos alzado nuestro itinerario de costumbre, y en vez de llegar á Holborn por West-Smith-Fiel, íbamos hasta la Administración de Correos. Durante mucho tiempo hicimos el viaje inútilmente; pero al fin recibimos la tan deseada carta.

La oficina central no era sitio á propósito para la lectura; por esto nos dirigimos á una callejuela próxima, y mientras llegábamos pude calmar un poco mi emoción y abrir con tranquilidad la carta de la tía Barberin, es decir, la carta que había escrito al párroco de Chavanton:

«Querido Kemi:

«Me ha sorprendido mucho el contenido de tu carta, pues según lo que Barberin me había dicho, así después de haberte encontrado en la alameda de Breteuil, como después de hablar con la persona que te

buscaba, yo creía que tus padres se hallaban en una brillante posición.

«Me confirmaba en esta idea la manera con que estabas vestido cuando Barberin te trajo á Chavanton, y que decía muy claramente que los objetos que llevabas pertenecían á la envoltura de un niño rico. ¿Quieres que te explique cómo eran los pañales en que estabas envuelto? Puedo hacerlo fácilmente porque los he conservado á fin de que sirvieran para reconocerte el día en que te reclamases, pues estaba segura de que había de suceder.

«En primer lugar debo decirte que no tenías pañales, y si alguna vez he hablado de ellos es por la costumbre de que nuestros niños vayan envueltos. Tú no lo estabas; al contrario, ibas vestido, y he aquí cuáles eran los objetos que tenías puestos: un gorro de encaje que no tiene de particular más que su riqueza; un justillo de finísima tela guarnecido de un encaje estrecho en el cuello y en los brazos; una chaquetita de franela; medias de lana blancas; escarpines de punto, blancos también, con borlas de seda; una larga túnica de franela blanca, y por último, un gran abrigo de marino blanco con su capuchon y todo el forrado con picos y bordado con sedas.

«No tenías chaquetita de tela correspondiente á la misma envoltura, porque te la habían cambiado en casa del comisario de policía, reemplazándola con una servilleta ordinaria.

«Debo añadir que ninguno de aquellos objetos estaban marcados; pero el justillo de franela y la chaquetita debieron haber tenido marcas, pues estaban cortadas las esquinas en que generalmente suelen colocarse, lo cual indicaba que se habían tomado todas las precauciones para desorientar al que te buscase.

«Esto es, mi querido Kemi, todo cuanto puedo decirte. Si necesitas alguno de esos objetos no tienes más que escribirme pidiéndolo, y yo te lo enviaré.

«No te desconsolés; hijo mío, por no haber podido darme los hermosos regalos que me habías prometido; tu vaca, comprada á costa del sustento diario, vale más para mí que todos los regalos del mundo. Tengo el placer de comunicarte que goza de buena salud, su leche no disminuye, y gracias á ella vivo perfectamente; cada vez que la veo no puedo menos de acordarme de tí y del buen Mattia.

«Me dará mucha alegría recibir noticias tuyas y deseo que siempre sean buenas; tú, tu bueno y tan afectuoso, ¿cómo no has de ser feliz en el seno de tu familia y rodeado por un padre, una madre y unos hermanos que te amarán como mereces?

«Adios, hijo mío. Te abraza cariñosamente, tu nodriza.

»VISTA BARBERIN.»

El final de la carta me produjo una gran emoción. ¡Pobre tía Barberin, cuán buena era para mí! Como me quería tanto, se imaginaba que todos debían quererme de igual modo.

—Es una excelente mujer—dijo Mattia—; mira cómo se acuerda de mí; pero aun cuando me hubiese olvidado, yo no dejaría de estimar su carta en todo lo que vale; con una descripción tan completa, es preciso que *master Driscoll* no se equivoque en la

enumeración de los objetos que llevabas cuando te robaron.

— Puede haberlo olvidado.

— No digas eso; ¿por ventura se olvidan las ropas que cubrían al hijo que se ha perdido, precisamente cuando esas ropas debían servir para encontrarle?

— Te ruego que no hagas suposición alguna hasta que mi padre haya respondido.

— Yo no hago suposiciones; tú eres el que has dicho que puede haber olvidado cómo era tu envoltura.

— Allí verémos.

No era una empresa fácil preguntar á mi padre cómo estaba vestido el día que me robaron. Si le hubiese hecho inocentemente la pregunta, sin segunda intención, nada más sencillo; pero como no era así, esta segunda intención me hacía vacilar.

Por último, un día que la lluvia glacial nos obligó á volver más pronto que de costumbre, me armé de valor y coloqué la conversación en el terreno que deseaba.

En cuanto oyó mis primeras palabras, me miró de hito en hito, escudriñándose los ojos como solía hacer cuando le impresionaba lo que decía; pero sostuvo su mirada con más energía de la que esperaba cuando pensé en aquel momento.

Oí que se enojaba, y dirigí una mirada de inquietud hacia donde estaba Mattia, que nos escuchaba haciéndose el distraído, como para tomarme por testigo de la imprudencia que estaba cometiendo; pero no sucedió lo que yo temí; pasado el primer movimiento de cólera, se echó á reír de una manera irónica mezclada con cierta crueldad.

— Lo que principalmente ha contribuído á encontrarte — dijo — ha sido la descripción de las ropas que llevabas cuando te robaron: un gotro de encaje, un justillo de hilo de Holanda guarnecido de encajes, una chaquetita y una túnica de franela, medias de lana, escarpines de punto y un abrigo de cachemir blanco forrado de seda. Yo tenía en cuenta la marca de tu ropa, F. D., es decir, Francisco Driscoll, que es tu nombre; pero aquella marca fué cortada por la persona que te robó, y que, merced á esta precaución, esperaba que nunca se descubriera tu paradero; por esta razón tuvo que sacar una copia de tu partida de bautismo, que todavía debo conservar.

Al decir esto, y manifestando una complacencia extraordinaria en él, buscaba en un cajón del cual sacó un papel grande marcado con varios sellos.

Me le dió, é hice el último esfuerzo.

— Si queréis, Mattia me lo traducirá.

— Como gustes.

De aquella traducción que Mattia me hizo con alguna dificultad, resultaba que yo había nacido el jueves 2 de Agosto y que era hijo de Patrick Driscoll y de Margaret Grange, su mujer.

¿Qué más quería saber?

Sin embargo, Mattia no estaba convencido, y cuando por la noche estuvimos dentro del carruaje se acercó á mi lado como si tuviera que confiarme algo en secreto.

— Todo eso está muy bien — me dijo — pero no explica cómo Patrick Driscoll, mercader ambulante, y

Margaret Grange, su mujer, eran bastante ricos para dar á su hijo gorros de encaje, justillos guarnecidos de puntillas y abrigos bordados; los mercaderes ambulantes no pueden hacer los gastos que ese lujo representa.

— Precisamente porque eran mercaderes podían adquirir esos objetos más baratos.

Mattia meneó la cabeza silbando y empezó á hablarme de nuevo al oído:

— ¿Quieres que te comunique un pensamiento que no me puede salir de la cabeza? Tú no eres el niño de master Driscoll, sino el niño robado por master Driscoll.

Quise replicarle, pero ya había subido á su cama. Si yo me hubiera encontrado en el lugar de Mattia, acaso pensara como él; pero en mi situación no me estaba permitida aquella libertad de apreciar las cosas.

Al fin y á la postre se trataba de mi padre, que para Mattia no era más que master Driscoll.

Mi camarada podía pensar de él lo que quisiera; master Driscoll era un extraño á quien nada tenía que agradecer.

Yo, por el contrario, debía guardar respeto á mi padre.

Indudablemente ofrecía mi situación circunstancias muy singulares, pero no podía examinarlas desde el mismo punto de vista que Mattia.

Á esto le estaba permitido dudar.

Á mí me estaba prohibido.

Cuando Mattia me daba cuenta de sus dudas, mi deber era el de imponerle silencio.

Traté de conseguirlo por todos los medios posibles, pero nunca logré triunfar de su obstinación.

— Pégame, si quieres — decía enfadándose — pero escucha.

Entonces tenía que oír por lo ménos sus preguntas:

— ¿Por qué Allen, Ned, Annie, Kate, tenían el pelo rubio, y el mío no era de igual color? ¿Por qué todos los individuos de la familia Driscoll, excepto Kate que no sabía lo que hacía, me manifestaban malos sentimientos como si se tratase de un perro sarnoso? ¿Cómo se explicaba que aquellas personas que no eran ricas vistiesen á sus hijos con ropas guarnecidas de encajes?

Á todas estas preguntas y consideraciones yo no oponía más que una respuesta que era una interrogación:

— ¿Para que me hubiera buscado la familia Driscoll si yo no fuese hijo suyo? ¿Para qué habrían dado dinero á Barberin y á Groth and Galley?

Mattia me contestaba que no podía responder de una manera concreta.

Mas no por eso se confesaba vencido.

(Se continuará.)

HERNAN MARTIN DE SAN CLEMENTE.

Entre el polvo de sus archivos guarda la noble ciudad de Soria sucesos desconocidos por la mayoría de los habitantes de aquella localidad, y que nosotros nos hemos propuesto ir desenterrando de la polilla que los consume. En el derruido convento cuyos escombros ocultan los sepuleros del maestro Tirso de Molina y de algún otro ilustre personaje, existe también el del malogrado jefe de los San Clementes, sobre cuya desgraciada muerte hemos levantado la siguiente

TRANSICION.

I.

Corría el año de 1263....

Castilla, gobernada á la sazón por aquel rey á quien la posteridad ha conocido con el nombre de *Sabio*, entraba en un período de su vida social del que irremediablemente había de nacer la edad moderna.

Apurando olvidar que su necesidad más apremiante era el lograr la expulsión completa de los moros que aún no se habían dejado arrancar las provincias del Mediódia, y aplazando la reconquista material, el rey Alfonso trabajaba por organizar y constituir política y civilmente su reino.

Castilla, por lo tanto, se concentraba en sí misma, y su vida era toda interior. La nobleza, llegando á ser poderosa, se había hecho también insolente, desde que el rey *Sabio*, siguiendo opuesta marcha que la que su padre, San Fernando, había llevado con los orgullosos magnates, y queriendo hacer de éstos afectos amigos y buenos servidores, hubo de concederles mayores prerogativas.

Poco importaba entonces á los altivos señores, dueños de vidas y fortalezas, hacer frente á su señor natural, si sus demasías ó desafueros con los pueblos no eran del agrado del soberano.

Á esta clase de nobles turbulentos pertenecía el altanero Juan de Luna, que en aquel año guardaba, en nombre del Rey, el castillo de Oria, á cuyo pie se extendía, como hoy, la ciudad que por esta causa tomó el nombre de Soria ó de So-Oria.

Cruel por instinto y antojadizo, como de corazón dañado, el poderoso alcaide, hacía sufrir toda la tiranía de sus malas inclinaciones á los buenos moradores de la ciudad, que ya en más de una ocasión habían querido poner coto á sus vejaciones injustas.

Entre los que así sostenían sus franquicias, se distinguía el noble caballero de la famosa casa de los doce Linages, Martín de San Clemente, que desempeñaba por entonces en la ciudad el cargo de fiel defensor de sus derechos.

El mal avenido gobernador odiaba con toda su alma al caballero soriano, de quien, según de público se decía, había jurado tomar una terrible venganza, por verlo siempre oponerse con valentía á sus escandalosos abusos y desafueros, sin los cuales no sabía sobrellevar su soledad en el castillo.

Sabía como todos el esforzado jefe de los San Clemente que su vida peligraba, y, sin intimidarse por las amenazas de su poderoso contrario, seguía en su puesto indolente defendiendo siempre á sus dueños y vecinos de las agresiones de aquél.

Así pasó algún tiempo.

Una tarde llegó á la motada que habitaba el generoso caballero un mensaje del castillo, en que, á pretexto de arreglar diferencias pasadas, invitaba cortesmente el gobernador á Hernan Martín de San Clemente á una entrevista aquella misma noche dentro de la fortaleza.

Vanos fueron los ruegos de la esposa de Hernan, á quien éste no pudo ocultar tan inesperado aviso, para disuadir al celoso procurador de la ciudad, de asistir á aquella cita, que no miraba más que como torpe pretexto para satisfacer una venganza.

El ánimo esforzado del caballero no le dejaba sufrir perfidia semejante, y por otro lado, áun caso que la creyese, tenía demasiado impresa en el corazón aquella máxima de Maquiavelo: «mejor nos es morir en la batalla que ser los males y desastre de nuestra gente.»

Respondió, por tanto, tranquilo y confiado al mensajero del incomprendible Luna, que cuando la ciudad descansara tranquila entre los misterios de la noche, él correspondería cortés á aquella invitación, que no creía ni lazo preparado á su hidalguía.

Á nadie más confió el valiente caballero la extraña confidencia que se le proponía y la arriesgada resolución que hubo de tomar. Acompañado de su hijo, á quien consintió tan sólo por complacer á su esposa, que presa de fundados temores, había pretendido en vano que fuese escoltado por alguno de su servidumbre, Hernan Martín, ceñida la espada y envuelto en su tabardo, salió de su casa cuando en las solitarias calles de la población no se oía más ruido que el de la lluvia que, impelida por el viento, azotaba las negras paredes de los edificios.

II.

La lluvia arreciaba.

Los arroyos corrían por las calles en dirección al Duero, presurosos como un hijo en busca de su madre.

Pegado á los muros del alcázar, donde el renombrado Alfonso el de las Navas había visto deslizarse sus primeros años al abrigo de las turbulencias que los nobles levantaban al rededor de su cuna, podía haber observado algún vecino trasnochador de la real ciudad de Soria un grupo misterioso resguardado de la lluvia que el vendaval sacudía en dirección contraria.

Aproximándose un poco podía verse que aquellas personas, á juzgar por el traje y las innobles facciones que sus fisonomías retrataban, pertenecían á aquella clase despreciable de *bravos*, de quien los nobles se servían para los lances poco limpios en que sus personas pudiesen comprometerse sin honra alguna.

— ¡Rayo de Dios! — decía con voz avinada uno de los foragidos que al parecer era el capitán de aquella

CIRCOS Y JARDINES EN COMPETENCIA.



CIRCO-HIPÓDROMO DE VERANO.

Gran concierto vocal.



CIRCO DE PRICE.

Gabota bailada por los toros inteligentes.



JARDINES DEL BUEN-RETIRO.

Ascensim aerostatica de gran novedad.

gente.—Buena noche ha elegido nuestro noble señor y dueño para trincar al linajejo; á fe que la cama que ha de abrigarlo esta noche no la tiene tan blanda en su caseron de la puerta de Nájera.

—Oye, Mala-testá—se oyó á otro de aquellos miserables—sí viene acompañada la res, durillo nos va á ser acorralarla. Bueno sería que la gente se alargara por la pared para tomarle todas las vueltas.

—Tiene razon, como en todo, maese Burguillos—gruñeron á coro todos los damas.

—¡Pues como culebras, hijos míos!—gritó el jefe;—y buen ojo, que si el marrano gruñe ántes de abrirle el garguero, mañana nos cuelgan los sorianos para que nos veteemos en los altos de Santa Bárbara; ¡los puñales fuera del colete, y al acecho!

Así dispuestos, uno tras otro, hasta el número de cuatro, se arrastraron á lo largo del muro aquellos miserables, esperando sin duda la ocasión de cometer una de sus acostumbradas fechorías.

Desiertos quedaron entónces, al parecer, aquellos alrededores. En la torre de Santa María la Mayor, tocaban á la quiebra, y aquellas campanadas hallaban ya recogidos en sus casas á todos los vecinos honrados.

Á poco, por la bajada del Espino, que está frente á la iglesia, se oyeron pasos, y dos bultos, como la noche, aparecieron en la esquina de la plaza torciendo á la izquierda y alejándose en direccion al castillo.

Dejaban ya á su espalda casi todas las casas de la ciudad, cuando al llegar á la muralla del palacio de Doña Utraca se levantaron, para echarse sobre ellos, los foragidos que sin duda los esperaban.

Uno de los embozados se paró, y sacudiendo la capa que chorreaba el agua á caños, lo mismo que la de su acompañante, le oyeron decir los que estaban apostados:

—Retírate, hijo mío, que no es prudente que vean en el castillo que he necesitado quien me acompañe.

En aquella voz conocieron al esforzado defensor de la ciudad, Martín de San Clemente.

—Señor—contestó el joven—sí he de obedecer á mi madre, que con lágrimas en los ojos me mandó que no os abandonara hasta que salierais de la fortaleza; preciso me va á ser desobedeceros. Si algún riesgo correis, quiero que mi madre vea que he cumplido su mandato, compartiéndolo con mi noble padre.

Aquellas palabras, que eran los deseos de dos personas á quien tanto amaba, enternecieron al anciano.

—Está bien, acepto tu ayuda—le contestó á su hijo;—yo diré al gobernador que mis achaques me impiden en noches tan tormentosas el salir solo por esas calles oncharcadas. Pero apresuremos el paso, que la fortaleza está cerca, y no son el sitio y la hora lo más á propósito para departir cuestiones, aunque sean amigables.

Un ¡ay! con el que exhaló el alma el desgraciado Hernán, interrumpió el paso del hijo, que al ver caer á su padre en tierra no tuvo tiempo para ver

los asesinos que le rodeaban; y echándose sobre él con la velocidad del pensamiento, vino á clavarse en el corazón la daga que, penetrando por las espaldas del gualte, había atravesado su cuerpo de parte á parte.

Los miserables asesinos se habían acercado cautelosamente á las desprevenidas víctimas, y al observar el estupor del que tan traídoramente había atravesado por la espalda al ilustre Hernán Martín, exclamó uno de ellos con feroz y salvaje alegría:

—¡Lucifer te lo pague! ¡qué estocada más doble! ¡por San Humberto, que no se da en toda Castilla!

El cobarde matador de los San Clementes, así que hubo vuelto en sí de su sorpresa; señaló con el dedo á cada uno de sus cómplices la direccion que había de tomar, y luego, él solo, encaminóse hácia el castillo murmurando:

—Diré á mi noble dueño y señor que no se moleste en esperar á su enemigo.

El padre y el hijo quedaban muertos y abrazados entre el barro y el agua que se amasaba con su sangre.

CONCLUSION.

Aun no había amanecido y ya la alevosa muerte dada al respetado procurador y á su hijo había corrido por la ciudad, como la llama que se propaga velozmente en una gasa delicada.

Aunque al principio todos eran comentarios más ó menos aventurados respecto á la muerte de los infortunados nobles, y á pesar de no conocer los incidentes que habían preparado aquel desastroso drama, bien conocían todos que el golpe no podía venir de otro alguno que no fuera el odiado gobernador del castillo.

Pero así que el pueblo fué noticioso, por la desconsolada viuda, del suceso, y de que el orgulloso gobernador, sin pensar en sincerarse, trataba de hacerse fuerte en el castillo, corrió frenético y armado con lo que hallara á mano á asaltar la fortaleza que albergaba al traidor.

Vana fué su tentativa, y por algunos dias pudo el bien defendido Juan de Luna resistir el ataque sin riesgo alguno.

Pero lo que no pudieron hacer los esfuerzos aislados de los sorianos, á los que no faltaba valor, sin embargo, lo consiguió el infante D. Sancho, que, al saber el horrible atentado, que tanto había lastimado á la buena ciudad de Soria, acudió con la gente de armas que su padre tenía en el castillo de Gormaz.

El rebelde vasallo Juan de Luna cayó atravesado en el muro de un saetazo, en el cerco que Sancho el Bravo se vió obligado á poner al castillo, y su cabeza, clavada en una pica, fué entregada con las llaves de la fortaleza al hijo del Rey que tan pronto acordó á vengar á los sorianos.

A. P. RIVERA.

LA SERENATA.

(CUADRO DEL SEÑOR JIMENEZ ARANDA.)

Presentamos en este número una copia del bellísimo cuadro del Sr. Jimenez Aranda, uno de los pintores españoles que mantienen con sus excelentes y estimadas obras artísticas las gloriosas tradiciones de nuestra patria en el arte de Murillo y Velazquez.

La escena ocurre en el ancho patio de uno de los palacios de Valencia, hácia los postreros años de la última centuria; una mujer felicitada al dueño de la casa; un encapetado luego aparece en la escalera y saluda á los burgaleses; algunos curiosos y niños de la vecindad escuchan con satisfacción la ruidosa música; un bello decorado, accesorios y detalles hábilmente dispuestos completan el cuadro.

EL CABALLERO DE OLMEDO.

I.

Aquello paladin del ejército de los Reyes Católicos, D. Juan Rivera, noble hidalgo de solar en la villa de Olmedo, alcanzó gran fama de valiente combatiente en los muros de Granada, y de galante y líarero caballero en los sanos y justos con que celebraban los monarcas cristianos su victoria en Medina del Campo; que, grandes de corazón los inclitos Reyes, apenas hicieron públicas demostraciones de júbilo en la ciudad de la Alhambra, por no aumentar el dolor de su vencimiento á los rendidos granadinos. La fama del esforzado campeón llegó á tan alto, que, para más engrandecerle, apenas le designaban por su nombre, llamándole las damas con ternura y los guerreros con admiración el *Caballero de Olmedo*.

Su hermosa presencia no dejaba presentir que más de treinta y cinco veces hubiesen brotado las flores desde su nacimiento; y por uncebo le temaban las damas, que no por hombre coreano al otoño de su existencia. Muchas habían sido las que por él sintieron amores, amén de algunas intriguillas de menor importancia que cuando más joven tuvo en la villa, y que apenas dejaron rastro en la memoria del caballero, ahogado su recuerdo con el tropel de galantes aventuras que por doquiera le cercaban. Pero como es aduque muy común de quien se ve querido dar por buena moneda de verdadero cariño el falso sentimiento del orgullo halagado, D. Juan tenía su corazón libre de esa carcoma del alma que llaman amor.

Sin embargo, llegó un día que prendió el fuego de una pasión verdadera en aquel pecho que con tanta indiferencia había visto pasar ante sí, como hechizas visiones de un sueño, el cariño de tantas hermosas, y amó D. Juan; pero amó con delirio creciente, con esa fuerza poderosa del corazón que llega sin haber sentido su abrasadora llama cerca del resto de la vida; esa pasión que, participando de la ternura del niño, tiene la intensidad abrasadora que le presta

un corazón virgen de sus colosales emociones durante treinta y cinco años; esa pasión que no verá el perfumado y pasajero jazmín de la primavera, pero sí el, aunque imodoro, brillante y poderoso *cactus* que abre sus duras y permanentes hojas en el vigoroso otoño.

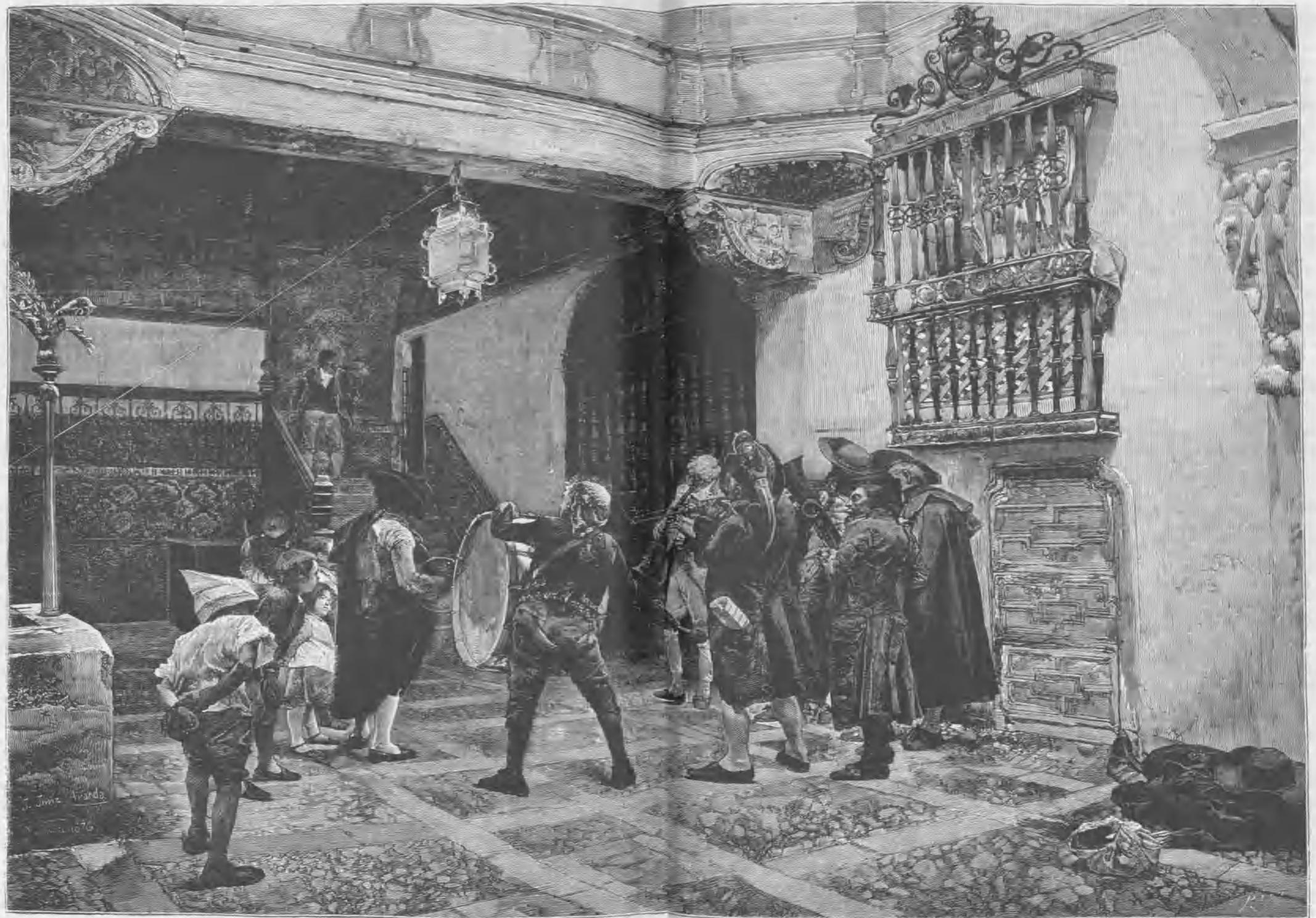
Don Juan amó por la primera vez á los treinta y cinco años, y el amor á esa edad decide de la existencia. Pero si como aquella última mujer, que había inspirado tan intensa pasión á su vezón de héroe, debiese vengar todas las lágrimas que el inconstante amor del caballero había hecho verter, el valiente paladin de la justa, el indomable guerrero del combate, el afortunado galanteador de las damas, vióse por la primera vez rechazado cuando hizo llegar á los oídos de doña María su apasionado amor.

Esta señora, viuda, de veintisiete años, hermosa entre las bellas y halagada por inmensas riquezas, era donde quiera la envidia de las damas y la desesperación de los galanes, que en vano trataban de hacer llegar á su oído un solo mensaje de amor por conducto de su paje Ferran, hermoso adolescente de quince años. La repulsa de doña María avivó más, como acontece siempre, los amantes deseos de don Juan, y no pudiendo resistir por más tiempo á la pasión que le destrozaba el pecho, pidióla un día de rodillas le arrancase la existencia; ó pudiese á prueba la intensidad de su cariño, mandándole acometer tan colosal empresa que pasiese miedo en el ánimo más esforzado.

Ó porque tanto amor la obligase, ó por alejar hasta la última esperanza del pecho del caballero, doña María le hizo solemnemente promesa de entregarle su mano el día en que fuera tan poderoso que, venciendo á la misma Naturaleza, hiciese pasar las aguas del Adaja por debajo de las ventanas de su casa de Medina del Campo.

Cuando el enamorado D. Juan oyó la condición de la dama, preguntó si se afirmaba en lo ofrecido, y doña María ratificóle la promesa; con lo que D. Juan se ausentó de Medina, sin que durante un año se tuviese la menor noticia del caballero de Olmedo, creyendo algunos que, quizá despechado por las constantes negativas de doña María, habría partido en busca de muerte gloriosa á la India occidental, como entonces se llamaba al mundo de Colon.

Sin embargo, un día en que, recostada la noble castellana en el alféizar de la ojival ventana de su estancia, contemplaba el ruiseñor pájaje que desde ella se descubría, mientras halagaba sus ojos una trova de amor que tiernamente modulaba Ferran acompañado de una morisca gozla, creyó oír confusa gritería hácia el lado de Arévalo y Valdehijos. Prestó atento oído, y notó que de todas partes repetían los ecos de las vecinas sierras voces de admiración y de entusiasmo. Picada su curiosidad, despertó la del paje, que, asomado igualmente á la ventana, abandonó su comenzado cantar de amores, y ya se preparaba á descender al valle para conocer la causa de aquel alboroto, cuando vieron llegar hasta sus ventanas crecido golpe de gente, todos gritando á un tiempo:



LA SERENATA, CUADRO DE COSTUMBRES ESPAÑOLAS Á ÚLTIMOS DEL SIGLO XVIII, POR EL SR. D. J. JIMENEZ ARANDA.

— ¡Milagro! ¡milagro!

Fijó entonces la dama castellana su vista en las corvas rocas, y como si su mirada hubiese sido el eco de un conjuro mágico, compidieron en mucho cauce, precipitándose por él, impetuoso, rugiente, blanco de espuma, como una inmensa catarata, el Adaja, que extendiéndose por el valle vino á lamer galano y acrisolador los arcos murallones de la torre en que se hallaba doña María.

La castellana no pudo reprimir un grito de agradable sorpresa. Apenas recordaba la exigencia que hiciera al caballero, pues juzgó, cuando le hubo perdido de vista, que, olvidado de su insensata pasión, habría buscado en nuevos amores consuelo á sus pesares. Á repetir iba también la voz de los labriegos, atribuyendo tan extraño acontecimiento á milagro de la Virgen, cuando de un bosquejillo fronterero á la ventana, cuyos árboles bañaba el nuevo río, gallardo y apuesto como nunca, jinete en un negro potro cordobés, apareció el caballero de Olmedo, que atravesando las aguas, rizando su huella con la espuma que levantaba el trote de su corcel, se adelantó hasta el pie de la ventana donde doña María le contemplaba atónita. Al llegar junto á ella, obediente á una diestra señal de su amo dobló el potro las manos arrodillándose; y el caballero, con voz sonora, pero trémula de amor y de ternura, dijo á la hermosa dama:

— ¡Señora, la más cumplida hermosura de la corte de doña Isabel! Un año es pasado desde que el caballero que por vos de amores sufría oyó de vuestras labios una promesa que hoy viene á reclamar. Pareciéndoos exagerado el fuego del amor que os pintaba, y considerando, y con justicia, que no era digna ni bastante hermosa para alcanzaros el vencimiento en el combate de los mayores guerreros, le impusisteis una lucha temeraria con la misma Naturaleza. Las aguas del Adaja quisó Dios que naciesen en la sierra de Ávila, y que dejando á Medina pasasen por aquella ciudad, Arévalo y Valdehillas, hasta confundirse en el Duero cerca de Avilago, distante de esta villa dos leguas en su parte más cercana. Los montes y las duras rocas se oponían á torcer su curso; vos lo quisisteis, y el amor ha vencido. Las aguas del Adaja corren á vuestros pies. Á vuestros pies también espera el rendido caballero una mienda de amor.

Los campesinos habían hecho gran cerco presenciando aquella escena, y hubo alguno que juzgó endemoniado al apuesto guerrero, á que, obra del mismo Satanas lo que acababan de ver, enviaba á aquel marcelo para tentar la fe de la noble castellana. Ésta, sin embargo, ménos tímida, dejó caer de sus manos una rosa que sujetaba en su cintura, y acompañó á la muda respuesta tal mienda de agradecimiento ó de cariño, que el bueno del caballero, saltando de la silla al suelo, en breve arrodillado ante la dama, besaba, loco de amor, la mano que ella le presentaba en cumplimiento de su promesa.

Pero entre tanto que don Juan se veía trasportado al cielo en la amorosa plática que sostiene con doña María, no perdamos de vista al lindo pejejillo de la

melena de oro, que, inmóvil en el fondo de la ventana, clavaba sus azules ojos, brillantes con resplandor siniestro, en el amoroso grupo. Para que no le oírán alejarse aparentaba estar embebido en la contemplación de la corriente cristalina, arpegeando distraído en la guzla, como si tratase de remedar al dulcísimo murmullo del agua.

— Pero decídmelo, don Juan, ¿cómo habéis conseguido huir y vencer á la misma Naturaleza en tan corto espacio de tiempo?— decía la noble dama al caballero, pasados los primeros trasportes de la violenta pasión de su amado.

— No me lo preguntéis, señora; mis fieles vasallos y todas las gentes de Olmedo acudieron al llamamiento del amor, y trabajando de noche para que permaneciese ignorado mi designio, siendo yo siempre el primero en tomar la pala y el último en dejarla, abrímos un cauce de más de dos leguas rompiendo montes y elevando valles. Pero os suplico, señora, ya que me habéis otorgado vuestra mano, dejemos esto, y fijad el día en que pueda decir ante Dios: a Unión para siempre. a

— En breve — empezó á decir doña María, subyugada completamente por el temeroso amor del caballero, cuando en el hueco de la ventana percibió un sonido estridente, agudo como un grito de suprema agonía.

La castellana se volvió rápidamente, y al mirar el rostro del paje, livido en fuerza de su palidez, bajó los ojos, y un sentimiento que no nos atrevemos á definir liño de espádo carció sus hermosas mejillas.

En breve, sin embargo, se repuso, y

— ¿Qué es eso, Ferrán?— dijo al paje;— si de tal modo temblas tu land morisco, bien pronto no te darán sonidos ninguna de sus cuerdas.

— Es verdad, señora — balbuceó el adolescente. — Al quereros templar la suada. Tuvo que hacerlo porque la hurañad del nuevo río, á que no estaba acostumbrado, ha producido tan mal efecto en mi land, que halló discordes todos sus sonidos. Pero perdonad si os he interrumpido; voy á ver si consigo reanudar la cuerda rota de mi pobre guzla.

La voz del muchacho era insegura. Doña María le conoció, y volviéndose al caballero, que, loco de feticidad, ni aun había notado aquella escena, le dijo, rotundamente la interrumpida plática:

— En verdad, don Juan, que no creí pudieseis llevar á cabo la empresa que os propuse.

Estas palabras, que parecían el resultado de la admiración que en la dama había producido el amor del caballero, fueron de dulce consuelo para el paje, que en ellas encontró una disculpa.

— El amor vence imposibles, doña María; y si no pudieseis que para alcanzaros emprendiese la conquista del mundo, sin vacilar la acometiera, aunque supiese morir en la demanda. ¡Ah, señora! si vos comprendierdes toda la fuerza de la inmensa pasión que me inspiraís, nada extrañaríais. Pero hoy soy feliz; si no con tanta efusión como yo os amo, habéis al fin correspondido á mi cariño, y vuestra mano va á ser la recompensa de mis afanes. ¡Gracias, se-

ñora, gracias! — terminó el caballero volviéndose á arrodillar, y besando con frenesí amoroso la mano que le tendía para alzarle la hermosa castellana.

Ronca respiración como de pecho que destroza el estertor de la agonía dejóse oír en el hueco del balconcillo ojivo, al mismo tiempo que las cuerdas todas de la guzla morisca saltaban, como últimos gemidos de doliente que espira. Rápido cual el pensamiento atravesó el pajecillo la estancia, saliendo de ella pálido como un cadáver, con los ojos encendidos como delirante calenturiento, y lanzando una mirada de indescriptible angustia; pero en breve los ecos de la antigua estancia sólo repetían apasionadas palabras de amor, y la promesa hecha á don Juan por doña María de ser suya para siempre, enlazándose ante el Eterno en el próximo día de San Pedro.

II.

Estribidente ruido de armas, ayes de dolor, imprecaciones y amenazas oíanse un desacorde ruido á la puerta del jardín de la casa de doña María la noche de San Juan, cercano ya el día en que debería obtener el apasionado caballero la recompensa de su amor. La luna, que mansamente reflejaba en las tranquilas aguas del Adaja, alumbraba aquella escena de exterminio y de sangre; y largo rato llevaban de lucha los combatientes, sin que se conociese ventaja en ninguno de ellos, cuando de pronto oyóse el sordo ruido de un cuerpo que cae desplomado, á la vez que un grito de ¡muerto soy! exhalado con moribunda voz.

Acercóse el que acababa de obtener la victoria á su contrario, y éste, lanzando con sus escasas palabras los últimos alientos de la vida, le dijo tendiéndole la mano:

— Me has muerto.... por primera vez en mi larga serie de combates he sido vencido, y mi primer vencimiento es mi muerte. Tu brazo de niño ha alcanzado al que jamás consiguieron los aguerridos árabes.... ¿Quién eres? Sepa al menos el nombre del que he vencido por vez primera al caballero de Olmedo.

— Soy Ferran.... el paje de doña María. La amaba con tanto amor como vos mismo, y vos, más poderoso, me la ibais á arrebatar. Veniais á gozar esta noche á mi lado en agradable plática las delicias que yo iba á perder para siempre.... oraís fuerte, y vuestra espada la más temible de los ejércitos de doña Isabel; pero yo necesitaba ó mataros ó morir. Os he acometido.... y vos lo dijisteis.... el amor venció imposibles.

— Ferran.... muero por tu mano, pero te comprendo y te admiro. Te perdono mi muerte; y si fuera dable que volvieses á la vida, y que sintiendo por un mismo objeto igual amor pudiésemos vivir sobre la tierra, yo sería tu amigo, y pediría para tu cinto la espada de los caballeros. Pero ya esto es imposible.... siento que la muerte se acerca á grandes pasos.... Escucha, Ferran; voy á dejarte un recuerdo que jamás se ha separado de mí, y que quiero vayas á Olmedo, y coloques en la capilla de Nuestra Señora de la Soterrana.... Toma este medallón.... Contiene los rubios cabellos de una mujer que amé cuando

era casi niño, y á quien abandoné ciego y enloquecido por mis galantes aventuras, con el fruto de su primer amor.... ¡Desgraciada!.... ¡Muñó de vergüenza y de desesperación!

— ¡Qué estáis diciendo!

— Sí, Ferran.... y ese recuerdo destroza mi conciencia en estos momentos solennísimos. Tú eres joven.... busca á un niño que deberá tener ahora quince años.... ¿quién conserva otro medallón con cabellos rubios.... ¿ése es mi hijo?... ¡el hijo de mi primer amor, abandonado por su padre!....

— ¡Padre mío! — gritó con voz desgarradora Ferran, abrazando en loco frenesí el cuerpo inanimado del caballero.

— ¡Justicia de Dios! — estertoró don Juan; y aquella exclamación fué su último aliento de agonía....

La apuesta dama, origen de tan lamentable suceso, tomó el hábito de las esposas del Señor.

De Ferran no volvió á tenerse noticia.

Cuentan unos que pasó á América, otros que se precipitó en la corriente del Adaja, y que después, durante mucho tiempo, se veía cruzar por las vecinas sierras una forma vaga, que dejaba oír los dulces ecos de una guzla y una canción de amor, interrumpida por tristes salmodias ó por gritos de condenados.

El Adaja dejó de correr por Medina, y su cauce seco quedó como constante recuerdo de la tradición, con el nombre de *La Cava*, mientras la poesía popular, dueña de la trágica historia, la narró en sentidos cantares y romances, haciéndose popular el conocido estribillo de uno de ellos:

Esta noche mataron al caballero,
La guzla de Castilla, la tier de Olmedo.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

EL BARÓMETRO.

I.

Llábase barómetro un instrumento de física que sirve para medir la presión del aire atmosférico. Su nombre se deriva de dos palabras griegas: *baros*, peso; y *metron*, medida; por lo cual debería llamarse dicho instrumento *medidor del peso de la atmósfera*; mas como esta denominación sería demasiado larga, se ha adoptado la de barómetro, que es más breve aunque no tan exacta.

Los antiguos no conocieron la pesantez del aire, que constituía para ellos un fluido sutil é imponderable. Aristóteles y sus partidarios afirmaban posteriormente que una vejiga llena de aire pesaba más que estando vacía; sin embargo, á ninguno se le ocurrió que la masa de aire llamada atmósfera ejerciese presión sobre los cuerpos colocados en la superficie de la tierra. Fué Galileo el que demostró de un modo indubitable la pesantez del aire, y el que descubrió la presión atmosférica.

Tuvo lugar este hecho de la siguiente manera: unos fontaneros del Gran Duque de Toscana intentaron elevar el agua del Arno á considerable altura, por medio de una bomba aspirante que habian construido; pero observaron con asombro que aquélla no subía más que hasta la altura de 32 piés.

Consultaron este fenómeno con Galileo, célebre físico de aquel tiempo, el cual les contestó, siguiendo la doctrina de su época, que la Naturaleza no tenía horror al vacío hasta cierta altura. Poco satisfecho el ilustre sabio de esta solución, meditó detenidamente sobre ella, y supuso que una causa mecánica



Experimento del barómetro de vino y agua hecho en Rouen en 1646.

exterior, la pesantez del aire, producía aquel sorprendente efecto. Siendo ya muy anciano para emprender investigaciones que confirmaran su teoría, encargó á su discípulo Torricelli que estudiase el problema; trascurridos algunos días le sorprendió la muerte.

Después de constantes meditaciones y repetidos ensayos consiguió Torricelli inventar el barómetro, con el cual demostró que la presión atmosférica obliga á los flúidos á elevarse hasta que se equilibran con

ella; esto es, hasta 32 piés el agua y 28 pulgadas el mercurio, en razón á sus diferentes densidades. Torricelli dió á luz su invento hácia el año 1643.

Resolvió, pues, el problema sirviéndose al efecto de un tubo de cristal de más de 76 centímetros de largo, 32 pulgadas españolas; cerró al soplete uno de sus extremos, le llenó de mercurio, y tapando con un dedo el orificio abierto; le sumergió después en una vasija llena del mismo metal, destapó entonces el orificio y observó que el mercurio bajaba den-

tro del tubo, dejando un vacío en la parte superior, y que se detenía á la altura de 32 pulgadas, 28 francesas, ó sean 76 centímetros sobre la superficie del metal contenido en la vasija.

Al año siguiente se hizo público en Europa este interesante descubrimiento.

Desde esta época, Pascal, Pedro Petit, Huygens y otros físicos ocupáronse en hacer repetidas experiencias con el nuevo instrumento, dándole cada vez mayor perfección, y haciendo en el curso de sus indagaciones otro descubrimiento importante, cual fué observar que el barómetro, al paso que señalaba la



Experimento del barómetro de mercurio en la cúspide de la torre de Saint-Jacques.

pesantez del aire, único fin de sus experimentos, indicaba también las alteraciones de la atmósfera, pues según ocurrían éstas, subía ó bajaba el mercurio en el tubo barométrico.

El año 1646 repitió Pascal el experimento de Torricelli en Rouen (Francia), aunque opinan algunos autores que sólo le realizó en París, en la torre de Saint-Jacques-la-Boucherie. Creo estar en lo cierto afirmando que lo practicó en ambos puntos.

Sus ensayos realizáronse en grande escala, pues se

sirvió de un tubo de cristal de 46 pies de largo. El resultado confirmó plenamente la teoría: en Rouen hizo la experiencia con vino, y al sumergir el tubo en un tonel, bajó el líquido hasta quedar á una altura de 32 pies sobre el nivel del agua contenida en el envase, dejando en la parte superior un vacío de 13 pies, vacío que iba disminuyendo á medida que se hacía perder al tubo más ó menos su verticalidad.

Posteriormente realizó Pascal repetidos ensayos en París, en diversas condiciones de localidad y de

altura. Los llevó á cabo en el granero y en la celda de una casa; en el puente y encima de una de las torres de Nuestra Señora de París, y al pié y sobre la cima de la torre de Saint-Jacques-la-Boucherie, que media de veinticuatro á veinticinco toesas de altura.

En el último experimento el sabio Pascal encontró entre las dos medidas una diferencia barométrica de más de dos líneas.

Pero era necesario hacer una prueba decisiva, y en el año 1648 comisionó el mismo Pascal á su cuñado Perier para que verificara importantes experimentos que demostrasen de una manera absoluta la gravitación de la atmósfera sobre los cuerpos.

En la montaña Puy-de-Dôme, situada en Auvernia, el 20 de Setiembre del año antedicho, realizó Perier las pruebas que iban á considerarse como decisivas. Empero, ántes de subir á la cumbre de la montaña, que mide una altura de 500 toesas, dió principio á sus ensayos en la ciudad de Clermont, al pié del Puy-de-Dôme; allí señaló el mercurio, en el tubo de Torricelli, una altura de 26 pulgadas y 3 $\frac{1}{2}$ líneas; en la cénspide de la montaña sólo alcanzó 23 pulgadas y 2 líneas.

Maravillado Perier y los que le acompañaban de aquel indubitable resultado, quisieron, para mayor satisfacción suya, repetir las pruebas en diferentes



Perier mide la altura de la columna mercurial en la cima del Puy de Dôme.

condiciones y en varios sitios de la cumbre; en todas ellas acusó el mercurio la altura de 23 pulgadas y 2 líneas.

Los experimentos concordaban perfectamente con los practicados por Pascal en Rouen y París, y demostraban en absoluto, no sólo la presión de la atmósfera, sino que ésta disminuía de un modo gradual su pesantez según se iba ascendiendo en ella.

Por estos hechos se explicaban asimismo gran número de fenómenos naturales; entre otros, la ascension del agua en las bombas, el mecanismo impelente del sifon, del fuelle y de la lavativa, las funciones de la respiracion, y el conocimiento más ó ménos inmediato de los cambios atmosféricos.

Á fin de perpetuar la memoria de tan inolvidables

experimentos, mandó colocar en 1856 el Municipio de París, al pié de la torre de Saint-Jacques-la-Boucherie, convenientemente restaurada, una estatua magnífica que representa á Pascal.

Por lo demas, el primitivo tubo de Torricelli constituye al presente, en cuanto á su principio fundamental se contrae, el elemento indicador del barómetro, que no sólo manifiesta la presión de la atmósfera y sus más visibles alteraciones, sino que es tambien de grande utilidad para los resultados de muchas operaciones, estudios é investigaciones científicas. Por el barómetro puede conocerse si dos sitios están al mismo nivel, esto es, á igual distancia entre sí del centro de la tierra, ó cual de los dos mide mayor altura, por separados que estén, lo cual, ántes de la in-

ccion de aquel instrumento de fiesta era de todo punto inavergonzable.

J. MORANO FUENTES.

LA EMBOSCADA.

LEYENDA COSACA.

¿Por qué corro fuera de tino el gran magnate, lleno de soberbia y de espanto, del pabellon de su parque hácia el castillo? Aparta las cortinas, descubre el hecho, dirige á él su mirada, y tiembla.... ¡el lecho está desierto!

Baja los ojos, y con aire pensativo y mano trémula acaricia sus bigotes. Aparta su mirada del lecho fatal, y echando atrás sus dobles mangas, manda llamar al cosaco Natima.

—¡Cosaco, vén acá! ¿Por qué no hay en la puerta del paster ni perro ni criado? ¿Coge mi mortal de nétria y mi carabina turca, baja mi fusil doble, y vuelve!

Tomán las armas, salen precipitadamente y se deslizan por el jardín, donde las verdes espadañas rodeaban el solitario pabellon. Sobre el banco de césped ven una blanca figura, una mujer sencillamente vestida.

Con una mano oculta sus ojos bajo una porcion de sus cabellos y tapa su pecho descubierta; con la otra rechaza los brazos que hácia ella extiende un jóven que está arrodillado á sus pies.

Ese jóven abraza sus rodillas, y la dice:

—¡Oh mi dulce amiga! ¿Se ha perdido para mí toda esperanza? ¿Hasta tus suspiros, tus dulces miradas, todo lo ha comprado, todo, tu señor! Y yo que te amo secretamente tantos años hace, con un amor que no puede tener igual, yo gimo lejos de ti, ¡de tí! El no te ama ni gimo, pero hecn llegar á tus oídos el sonido de sus dolencias, y tú eres su esclava para siempre! ¿Es posible que tenga poder para descansar cuando quiera su vieja cabeza sobre tu pecho de cisne! ¡Yo, yo vendría á este mismo sitio todas las noches á la luz de la luna, sobre mi fiel caballo, á pesar de la lluvia y de la tempestad, con el único objeto de saludarte con un suspiro, y dirigirte un adios deseándote feliz noche y abundantes caricias!

Pero ella aun no se rinde; él murmura á sí sólo nuevas quejas y nuevos juramentos; por fin, comóvada y vacilante, abre sus brazos.

El cosaco y el gran magnate se ocultan, puestas de rodillas, detras de un arbusto, sacan algunos cartuchos de su cinturón, los muerden y cargan con las baquetas un puñado de pólvora y el doble de las balas cada uno de los dos.

—Señor— dice el cosaco— algún demonio me obseca; yo no puedo matar á esta hermosa jóven; al levantar el gatillo, uno de ellos se ha apoderado de mí y ha hecho que de mis ojos se desprendiese una lágrima que ha caido rodando en la casoleta del fusil.

—¡Mas lujo, hijo de Satanas; yo te enseñaré á flojar! Toma, ahí tienes un cartucho de pólvora fina; carbón el cubo y limpia con la uña el pedernal, y despues sítale la tapa de los sesos ó abránsale el pecho! Mas alto.... hácia la derecha.... ¡ahora!... pero piensa que yo tiro primero. El infame recibirá primero esta carga de plomo en la cabeza. El cosaco se prepara, apunta, descarga sin tregua y hiero.... la frente misma del fiero magnate.

ADAM MCKIEWICZ.

LOS NAIPES.

¿Quién es el que no conoce el tan popular juego de los naipes? ¿Quién el que no sabe lo que es la baraja? Nadie. Grandes y chicos, pobres y ricos, viejos y jóvenes, todos conocen ese juego que cuenta ya la friolera de diez siglos, ó sea mil años de vida. ¡Mil años de vida!

Si al siglo IX se remonta, segun algunos, el invento del juego de los naipes; aunque se cree que no se popularizó hasta el año de 1392. Desde la remota época en que tuvo principio hasta nuestros días, ha servido la baraja para fines muy distintos. Al mismo tiempo que ha servido de inocente distraccion para unos, ha dado pábelo á que otros practiquen un vicio de los que tienen peores consecuencias. Cuántas fortunas han cambiado de dueño merced al juego de las cartas! Cuántos ricos han pasado á la indigencia por abusar de ese juego, que probablemente se inventó para que sirviese de diversion y pasatiempo! Por una viñeta de un códice del siglo XIV, que se conserva en una biblioteca de Inglaterra, se ve que en aquella época se jugaban intereses con las cartas. Esto demuestra que en todos tiempos ha habido hombres suficientemente débiles para exponer al azar su fortuna ó parte de ella.

Varios escritores se han ocupado en averiguar dónde tuvo origen el juego de los naipes, y cada cual ha querido probar que fué en su país, como si se hubiese tratado de uno de esos inventos de gran trascendencia para la civilización ó adelanto de una nación; sin embargo, nada se sabe de positivo. El primer edicto que se publicó en España contra los naipes, fué promulgado por Juan II en Toledo, en el año de 1485. En Francia se encuentran documentos que demuestran haberse hecho tres juegos de cartas para distraer al rey Carlos VI en su locura, lo cual ha dado lugar á que se crea que con ese motivo se inventaron; pero, como hemos expuesto antes, lo más probable es que se remonta su origen al siglo IX.

En Alemania se cree que fueron introducidas en el año de 1300. En 1360 ya eran populares en Provenza, donde se daba á las solas el nombre de *tuchun*, bribonzelos que asolaban el condado veneciano. En Italia pretenden que en un libro compuesto en el año de 1299 se hace ya mención de las cartas, que debió referir el autor á algun otro juego llamado *le carte*, pues el que nos ocupa se denominaba *naillé*, aun muy posteriormente al año de 1400. En un vocabulario latino del siglo IX, se lee la palabra *mapa*. Se da el nombre de mapa á una pintura en forma de juego, lo cual no deja duda de que en aquellos tiempos habia un juego llamado en latin *mapa* (pintura en forma de juego), el cual no era otro que el de naipes.

Aun se conservan en la Biblioteca Nacional de Francia diez y siete cartas de las que hemos mencionado se hicieron para el desgraciado rey Carlos VI, las cuales pintó en oro y colores el pintor Zaquerin Gringonneur, que más tarde fué tan célebre. No tienen ninguna semejanza con las que se hacen ahora, pues son grandes miniaturas sobre un fondo salpicado de pequeños lunares, y rodeado de una orla de plata.

Las figuras representan el rey Carlos VI, el Escudero, el Emperador, el Papa, los Amantes, la Fortuna, la Templanza, la Fuerza, la Justicia, la Luna, el Sol, el Carro, la Eternidad, la Muerte, el Juicio, etc. Costaron unos 300 francos, y su objeto debió ser más bien instructivo que para servir solamente de distraccion.



LA RUEDA DE LA FORTUNA.

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

Esta viñeta pertenece á la *Margarita filosófica* de Juan Guminger, publicada en Estrasburgo por los años de 1515.

La citada viñeta es asaz significativa para necesitar explicaciones. Sentada la veleidosa deidad sobre el eje de su rueda, lleva en ambas manos las dos copas de la suerte, una colocada en la elevacion, otra derramándose en el descenso.

Al rededor giran los pobres mortales, sus juguetes, caidos ó triunfantes, segun la posicion que ocupan, leyéndose en los cuatro lados estos motes:

Axi rotor.

Ad alta vehor.

Glorior glatus.

Descendo mortificatus.

(Giro con la rueda, — soy subido á lo alto, — elevado me envanezo, — desciendo mortificado.)

Solucion al jeroglífico del número anterior.

Mientras más vieja más pelleja.

SUMARIO.

GRABADOS.—La Serenata.—Circos y Jardines en competencia.—Experimento del barómetro de vino y agua hecho en Rouen en 1646.—Experimento del barómetro de mercurio en la cúspide de la torre de Saint-Jacques.—Perior mide la altura de la columna mercurial en la cima de Fuy de Dôme.—La rueda de la Fortuna.

TEXTOS.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El secreto del oro, Luis Boussenard.—Sin familia, Hector Malot.—Hernán Martín de San Clemente, por A. P. Rioja.—La serenata.—El caballero de Olmedo, por J. de Dios de la Rada y Delgado.—El barómetro, por José Moreiro Fuentes.—La emboscada, por Adam Mickiewicz.—Los náipes.—La rueda de la Fortuna.—Solucion al jeroglífico.